

GALERÍA DRAMÁTICA

DE

MANUEL P. DELGADO

COMPRENDE

LAS MEJORES OBRAS DE NUESTROS CLÁSICOS MODERNOS



OFICINAS

PASEO DE RECOLETOS, NUM. 10, PISO PRIMERO

MADRID



MÁT

CARLOS II EL HECHIZADO

CARLOS II EL HECHIZADO

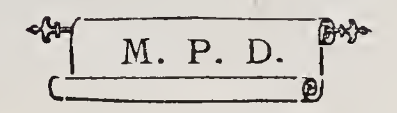
DRAMA ORIGINAL

EN CINCO ACTOS Y EN VERSO

POR

D. ANTONIO GIL DE ZÁRATE

TERCERA EDICION



PRECIO: DOS PESETAS

MADRID
ESTAB. TIP. DE E. CUESTA, Á CARGO DE J. GIRALDEZ
Calle de la Cava-alta, 5
1885

PERSONAJES

Inés.
El Rey Don Cárlos II.
Fray Froilán Díaz, *Confesor del Rey.*
Florencio, *Paje del Rey.*
El Cardenal Portocarrero.
El Inquisidor general.
El Conde de Oropesa, *Presidente de Castilla.*
El Conde de Montalto, *Presidente de Aragon.*
El Conde de San Estéban.
El Conde de Frigiliana.
Harcourt, *Embajador de Francia.*
Harrach, *Embajador de Austria.*
El Vicario de las monjas del Rosario.
El Prior de Atocha.
El Prior del Escorial.
Un Comisario de la Inquisicion.
El Carcelero de la Inquisicion.
El Tremendo.
Un Tahonero.
Un Armero.
Un Tabernero.
Un Alguacil.
Un criado del Conde de Oropesa.
Un Ugier de Palacio.
Un Oficial de la guardia.
El Capitan de los soldados de la fe.
Un monje del Escorial.
Agentes 1.º y 2.º del motin.
Hombres 1.º, 2.º, 3.º, 4.º y 5.º del pueblo.
Mujeres 1.ª y 2.ª del pueblo.
Muchachos 1.º y 2.º del pueblo.

Un Capuchino, dos Sacristanes, Grandes, Señoras, Criados del Rey, Criados de Oropesa, Pajes, Guardias, Alguaciles y Familiares de la Inquisicion, Soldados de la fe, hombres, mujeres y muchachos del pueblo, frailes de Atocha.

ACTO PRIMERO

El teatro representa la cámara del Rey

ESCENA PRIMERA

FROILÁN y FLORENCIO

FROIL. Alabado sea Dios.
FLOR. Por siempre alabado, amén.
FROIL. ¿Qué hay, Florencio?
FLOR. El Rey os llama.
FROIL. ¿Tan temprano?
FLOR. Son las diez.
FROIL. Como no suele...
FLOR. ¿Y qué importa?
¡Qué linda flema teneis!
FROIL. ¿Se ha de salir en ayunas
uno á la calle?
FLOR. No á fe.
¡Todo un Padre Froilán Díaz,
todo un confesor del Rey!
¡No faltaba más!... Por eso
muy reforzado vendreis,
no con manjares livianos,
sino fruta de sarten:
jamon, torreznos... y es justo,
porque el oficio es cruel.
FROIL. Pajecillo sin conciencia
ni temor de Dios, yo haré...
En fin, ¿qué sucede, dí?
FLOR. ¿No sabeis?..

FROIL. ¿Qué he de saber?
FLOR. ¡Hemos tenido una noche...
qué noche!... Por poco el Rey
se nos queda entre las manos.
FROIL. ¿Qué dices? ¿Le dió otra vez
el insulto?
FLOR. Sí, terrible,
cual nunca... Yo me asusté.
¡Qué temblor! ¡Qué convulsiones!
¡Qué alaridos!... Más de seis
éramos á sujetarle;
mas, ¿quién le sujeta, quién?
Parece, Dios me perdone,
un endemoniado.
FROIL. Pues
no hay que burlarse, que acaso...
FLOR. ¿Qué?
FROIL. No digo que lo esté,
mas los síntomas... Y luego
la gente ha dado en creer...
FLOR. Dichos del vulgo.
FROIL. Algo más,
que el Tribunal de la fe
ha llegado á tomar cartas
en el asunto, y tal vez...
FLOR. ¿Formará causa al demonio
y en un auto le hará arder?
FROIL. ¡Hereje!... Calla esa lengua.
FLOR. ¡Ay! Del refrán me olvidé:
con la Inquisicion, chitón.
FROIL. ¡Pues cuidado!... Yo no sé,
en verdad, cómo á su lado
el Rey te puede tener.
¡Un hombre sin religion!
FLOR. Padre, no me calumnieis,
que á veces quien más la invoca
más la vulnera tambien.
Soy jóven, vivo y alegre:
el Rey es triste; tal vez

suelo sus melancolías
con mis chistes distraer;
¿qué mucho, pues, que me quiera,
que me proteja?—Sabed
(Más bajo, acercándose á él.)
que quiere ser mi padrino.

FROIL. Qué, ¿te casas?

FLOR. Sí.

FROIL. ¿Con quién?

FLOR. Con un ángel.

FROIL. ¿Será jóven?

FLOR. Sí; de mi edad vendrá á ser.

FROIL. ¿Bella?

FLOR. Sin igual.

FROIL. ¿Modesta?

FLOR. El mismo candor.

FROIL. ¡Muy bien!
No hay que preguntar si la amas.

FLOR. La amo, la adoro; poco es.
Cuando en ferviente oracion
vuestra mente con desden
de este mundo se desprende
y el cielo entreabierto ve,
¿no adorais arrebatado,
del trono eterno á los piés,
esa inmaculada Vírgen
vencedora de Luzbel?
De virtud la aureola pura
ciñe la divina sien;
sus ojos, fuente de vida,
consuelo infunden do quier;
su risa enajena el alma;
sus labios expiden miel,
y á su voz el firmamento
tiembla de amor y placer.
Así tan pura y tan bella
se muestra mi amada Inés,
y cual los ángeles aman,
así la adoro tambien.

FROIL. ¡Cómo!... ¿Inés?
FLOR. Sí.
FROIL. ¿Bella, jóven?
FLOR. ¿Acaso la conoceis?
FROIL. No... pero... Dí: ¿dónde vive?
FLOR. ¡Oh! Mucho quereis saber.
FROIL. Curiosidad.
FLOR. Algo extraña.
FROIL. De mí, ¿qué podeis temer?
FLOR. Los ojos se os encandilan;
Padre, mala señal es.
FROIL. ¿Eso dices á quien voto
formó?...
FLOR. Con voto ó sin él,
no os la fiara, por Dios.
FROIL. ¡Insolente!... Juro... (Sale un ugier.)
UGIER. El Rey.
FLOR. Poco me gusta este fraile. (Aparte.)
Mala alma debe tener.

ESCENA II

DICHOS, EL REY y CRIADOS.—Sale el Rey pálido y débil, sostenido por criados. Estos le conducen hasta un ancho sillon, en el que se coloca como hombre enfermo y doliente. Florencio acude á servirle.

REY. ¡Hola, Florencio!... Estarás
rendido.
FLOR. Ya descansé.
¿Os sentís mejor?
REY. Un poco;
bastante débil.
FLOR. ¿Quereis
un almohadon?
REY. No hace falta;
así sentado estoy bien.
FROIL. Señor...
REY. ¡Ah! Padre Froilán,
mala noche.

FROIL. Ya lo sé.
REY. ¡Qué ataque!... Mi hora postrera
ya llegada pensé ver.
FROIL. Dios conservará una vida
tan preciosa.
REY. Ya mandé
se celebren rogativas.
FROIL. Eso os iba á proponer.
REY. Ahora quiero con vos
consultar.
FROIL. Como gusteis.
REY. Vosotros dejadnos solos... (Vánse los criados.)
¡Ah! Florencio, no olvidé
mi promesa.
FLOR. ¡Qué, señor!
Sanad pronto, y no penseis...
REY. Ya sanaré con la gracia
de Dios... Mas quisiera ver
á la novia.
FLOR. Si gustais,
luego, señor, la traeré.
REY. ¡Que me place!... Ve por ella.
FLOR. Voy corriendo.
REY. Hasta despues. (Váse Florencio.)

ESCENA III

EL REY y FROILÁN

REY. Ya solos hemos quedado;
Padre, tomad, pues, asiento;
tomad, que abriros intento
hoy mi pecho acongojado.
(Froilán toma un sillon, y se sienta al lado del Rey.)
Bien lo veis: funesto mal
mi triste vida consume,
y en vano el arte presume
para mi instante fatal;
no me importa, venga, vuele;

más bien temo su tardanza;
en Dios pongo mi confianza.
Sólo mi nacion me duele.

FROIL. Señor, no hableis de esa suerte,
ni cedais al desconsuelo;
mirad que ofendeis al cielo
así invocando á la muerte.

REY. ¡Yo invocarla!... Padre, no;
lejos de mí tal pecado;
mas si hay un rey desgraciado,
ese sin duda soy yo.

FROIL. ¿Por qué, señor?... ¿Hay alguno
que en poder con vos iguale?
¿Pues cuál otro cetro vale
el cetro español?... Ninguno.
Leyes os miran dictar
al uno y otro hemisferio,
y jamás en vuestro imperio
el sol deja de alumbrar.
Con raudales de oro y plata
todo un mundo os enriquece;
¿quién tributo no os ofrece?
¿quién no os respeta y acata?
Pues si esto es cierto, señor,
¿por qué la vida os enoja?
¿Qué mala suerte os arroja
así á manos del dolor?

REY. Nacido en dia fatal,
todo á mí contrario veo;
el bien conozco y deseo,
y sólo consigo el mal.
Al solio niño subí,
y entre encontradas facciones,
juguete de sus pasiones,
sólo rey en nombre fuí;
su infame ambicion tal vez
mi juventud marchitaba,
y á degradarme aspiraba
en perdurable niñez.

Mi humillacion conocí;
romper logré mis cadenas,
mas libre del yugo apenas,
en otro yugo caí.
Siempre enfermo, el peso grave
no resistí del reinar;
me fué preciso buscar
quien dirigiese esta nave.
Los más nobles ó alabados
merecieron mi confianza,
mas burlaron mi esperanza
por ineptos ó malvados.
¿Qué hicieron de aquel poder
que heredé de mis abuelos?
¿Qué fruto de sus desvelos
he venido á recoger?
Do quier derrumbarse siento
este decadente Estado;
los años de mi reinado
por los desastres los cuento.
Si algun dia de la guerra
quise probar la fortuna,
me ví sin gloria ninguna,
roto en mar y roto en tierra;
mis reinos menguados ya
fueron en la lid funesta,
y lo que de ellos me resta
yermo y despoblado está.
Mas no basta á mi dolor
su presente desventura,
que aun más su suerte futura
llena el alma de temor.
Lo conozco; ya en presencia
de la eternidad me miro;
mas á mi postrer suspiro,
¿quién recogerá esta herencia?
En vano por mí lució
la antorcha nupcial dos veces,
que sordo el cielo á mis preces,

mi lecho estéril dejó.
Hoy que mi muerte interesa
á monarcas ambiciosos,
todos la acechan ansiosos,
cual suele el lobo á su presa;
¡y quién lo hubiera creido!
ya con tan dulce esperanza,
formando oculta alianza,
mis reinos se han repartido.
¡Oh infamia! ¡Oh mengua! ¡Oh dolor!
¡Oh del hado injusta saña!
¿Es esta, cielos, la España
de Europa un tiempo terror?
Con mi funesto vivir
su poder eché por tierra,
y la discordia, la guerra,
son mi legado al morir.

FROIL. Señor, por Dios, desechad
tan tristes presentimientos;
hijos tales pensamientos
son de vuestra enfermedad.
Si aleve coalicion
vuestros Estados codicia,
hablad, y de su justicia
apelad á la nacion;
á esta nacion de guerreros
que ama y respeta á sus reyes,
mas no sufre le den leyes
ambiciosos extranjeros.
Una palabra, señor,
burlara sus pretensiones;
sí; dejando indecisiones,
nombrad vuestro sucesor.

REY. ¡Ay, Padre! En esa eleccion
todos mis tormentos hallo;
conmigo mismo batallo,
y me tiembla el corazon.
Amor y un deber sagrado
al Austria mis votos dan,

pero por la Francia están
prudencia y razon de Estado.
¡Oh alternativa terrible,
que otro arbitrio no consiente
que el ser injusto pariente
ó ser monarca insensible!
Si el cielo al menos quisiera
mi existencia prolongar,
tal vez en el dilatar
el remedio consistiera.
Padre mio, ¿qué dolencia
es esta, pues, que me acaba,
que aunque más y más se agrava,
ni aun la adivina la ciencia?
¿Hay en esto algun misterio?
Decid, vos bien lo sabeis.

FROIL. Señor...

REY. No disimuleis.
Hablad; vuestro ministerio
os obliga...

FROIL. No me es dado
revelar...

REY. ¡Ay! ¿Será cierto?

FROIL. ¿Qué?

REY. A proferirlo no acierto...
Dicen... que estoy... hechizado.

FROIL. ¡Oh Dios!... ¿Quién osó decir?...

REY. ¿Conque es verdad?... ¡Cielo santo!
¡Ah! (*Se cubre el rostro con las manos.*)

FROIL. No hay que afligiros tanto,
que aun está por decidir;
de ello trata el Santo Oficio;
no sé qué resolverá,
pero la Iglesia sabrá
conjurar el maleficio.

REY. Eso sí debeis hacer,
y tal vez sanar consiga;
desde hoy quiero se bendiga
cuanto me den de comer.

FROIL. Iré luego al tribunal
á avivar su santo celo;
mas decid: ¿teneis recelo
del orígen de ese mal?
Causa es preciso que exista,
y al emplear el conjuro,
el efecto es más seguro
si la sabe el exorcista.
REY. Sólo á mis muchos pecados
atribuirla yo puedo.
FROIL. Los reyes, os lo concedo,
suelen ser harto culpados;
mas vos siempre habeis vivido
en santo temor de Dios.
REY. Yo tambien del vicio en pos
un tiempo, Padre, he corrido.
FROIL. ¡Cómo... hablad!
REY. A vuestras plantas
mi culpa confesaré,
y mi dolor templaré
con vuestras palabras santas.
(Se pone de rodillas delante del Padre Froilán; este le hace levantar, y el Rey se vuelve á sentar.)
FROIL. Alzaos, señor, alzaos;
advertid que estais doliente,
y aunque humilde penitente,
os lo permito. Sentaos.
REY. Oid, Padre.
FROIL. Pecador,
hablad: ¿qué nuevo delito
vuestro corazon contrito
así llena de terror?
REY. No es nuevo, no, Padre mio;
há tiempo que soy culpado.
FROIL. ¿Y no lo habeis confesado?
REY. Sí tal; no soy tan impío.
Mil veces, arrepentido,
lo dije al Padre Matilla
que os precedió en esa silla.

FROIL. ¿Y absolveros no ha querido?
REY. Sí, Padre, y aun penitencia
hice ya con devocion;
mas si él dió su absolucion,
no me absuelve mi conciencia.
FROIL. ¿Qué culpa?...
REY. Yo tambien tuve,
cual otros, mi mocedad;
pagué tributo á la edad,
y descarriado anduve.
Era cuando Valenzuela
mandaba la Monarquía,
y mantenerme queria
en vergonzosa tutela.
Las fiestas y los placeres
acumulaba sagaz,
porque turbasen la paz
de mi pecho las mujeres.
¡Ay! Harto lo consiguió,
y una, aunque plebeya hermosa,
en el alma candorosa
de amor la llama encendió.
Sí, Padre, yo la adoré,
lo confieso con rubor,
y en mi criminal ardor
dulces momentos pasé.
Bendecir no quiere el cielo
santa y legítima union,
y logró torpe pasion
lo que en vano ahora anhelo.
Hermosa como su madre,
una niña... Perdonad,
lloro... hago mal... es verdad,
pero es el llanto de un padre.
FROIL. ¿Y cómo lo he de culpar?
Un monarca es hombre al fin,
y sólo de un serafin
es propio nunca pecar.
Mas esa niña, ¿do existe?

¿Cuidásteis de ella, señor?
REY. ¡Ah! que mi culpa mayor
en eso, Padre, consiste.
FROIL. ¿Cómo?
REY. Vino fray Matilla
á combatir mi pasion,
y lavó mi corazon
de tan impura mancilla.
FROIL. ¿Mas la niña?...
REY. Su inocencia
en mí turbaba la calma,
y por la salud del alma
la arrojé de mi presencia.
FROIL. ¿La abandonásteis?
REY. ¡Ah! No.
Mandé á la madre dinero,
mas con encargo severo
de no verme.
FROIL. ¿Y lo cumplió?
REY. Diez y seis años habrá
que no he vuelto á saber de ellas.
FROIL. ¿Ni habeis seguido sus huellas?
REY. Yo las siguiera quizá,
no porque torpe aficion
me arrastrara hácia la madre,
pero el cariño de padre
hablaba á mi corazon.
FROIL. ¿Quién lo estorbó?
REY. El confesor,
que mi salvacion buscaba,
esa flaqueza culpaba.
FROIL. ¡Oh! Fué sobrado rigor,
perjudicial, aunque santo;
si así el gran Cárlos pensara,
jamás á Europa salvara
el vencedor de Lepanto.
REY. ¿Luego pensais que debí
acoger á esa inocente?
FROIL. ¿Y por qué no?

REY. ¡Dios clemente!
¿por qué tan inícuo fuí?
Mas, ¿dónde podré encontrarla?
FROIL. Dios, señor, os guiará.
REY. Bien; lo haré. ¡Cuál ansío ya
contra este pecho estrecharla!
Siento nacer un consuelo
que en mí por momentos crece,
y ya feliz me parece
me abre sus puertas el cielo.
Padre, la obra acabad;
dadme vuestra absolucion.
(Se arrodilla, y Froilán le da la absolucion, despues de lo cual se levanta.)
FROIL. Tomadla... y mi bendicion.
REY. Al cielo por mí rogad.
Ahora que ya aliviado
de cuerpo y alma me siento,
recibir la corte intento;
mas nos os marcheis de mi lado.
(Toca la campanilla de una escribanía que habrá sobre una mesa.)

ESCENA IV

DICHOS y EL UGIER

UGIER. Señor, ¿qué es lo que mandais?
REY. ¿Quién aguarda en esas salas?
UGIER. Aguardan el Cardenal,
el embajador de Francia,
el de Austria, los presidentes,
el Conde de Frigiliana
y otros grandes.
REY. Que entren todos.
(Váse el ugier.)

ESCENA V

DICHOS, HARCOURT, HARRACH, PORTOCARRERO, MONTALTO, SAN ESTÉBAN, FRIGILIANA, OROPESA y otros GRANDES.—Los grandes se agrupan de modo que estén juntos los que pertenecen á cada una de las dos parcialidades de Francia y Austria. Portocarrero y San Estéban pertenecen á la primera; Oropesa y Montalto á la segunda; Frigiliana y algun otro forman grupo aparte.

REY. Señores, guárdeos el cielo.
PORT. Con impaciencia esperaba
nuestra lealtad este instante;
vuestra presencia nos saca
de una penosa inquietud,
y á Dios tributamos gracias,
pues conservarnos le plugo
á tan amado monarca.
REY. Pensé me llamaba á sí,
mas al fin no ha sido nada
y ya me siento mejor.
S. EST. ¿No veis qué abatido se halla?
(Bajo á los de su corro.)
HARC. Muy poco vivirá ya.
OROP. Su enfermedad es muy mala. (Lo mismo.)
MONT. Cuál es?
OROP. Hechizo.
MONT y OTROS. ¡Jesús! (Se santiguan.)
REY. ¿Habeis dispuesto que se hagan,
Cardenal, las rogativas?
PORT. Todos los templos de España
al cielo dirigirán
por vos fervientes plegarias.
REY. Está bien.—Oid, Harrach.
(Harrach se acerca y el Rey le habla al oido. Entretanto los grandes pertenecientes á las diferentes parcialidades se acercan unos á otros y se hablan en voz baja, conforme lo indica el diálogo.)
PORT. ¿Qué le dirá?

S. EST. No me agradan
estos secretos.
HARC. No importa;
al fin vencerá la Francia.
OROP. ¿No advertís que no hace caso
del uno y al otro llama?
MONT. Eso nos prueba que el Rey
da la preferencia al Austria.
PORT. Es fuerza no descuidarse.
S. EST. Esa funesta privanza
de Oropesa...
FROIL. Nada haremos
hasta derribarle.
S. EST. Nada.
HARC. Ya le preparo una buena.
PORT. ¿Pues qué?
HARC. Mis agentes andan
promoviendo en contra suya
una espantosa asonada.
S. EST. No hay otro medio.
FROIL. Lo apruebo.

(El Rey deja de hablar con Harrach; este se retira hácia el corro de los suyos, los cuales le preguntan con curiosidad.)

REY. ¿Estais enterado?
HARR. Basta;
no hé menester digais más.
OROP y MONT. ¿Qué os ha dicho?
HARR. Nuestra causa
va viento en popa.
HARC. Apartaos,
que mira el Rey.
REY. ¿Qué hay de Francia,
Conde?
HARC. Mi amo y rey por vos
se interesa y por España.
REY. Por eso en tratos secretos
con Inglaterra y Holanda
acaba de entrar, formando

los tres inícua alianza
para repartir mis reinos;
mas unos y otros se engañan,
porque el leon español
tiene energia sobrada,
y aunque parece dormido,
si sus contrarios le agravian,
alzándose más terrible,
no quedarán sin venganza.

HARC. Ningun peligro, señor,
por mi rey os amenaza,
y espero que su conducta
será por vos aprobada.
Sobre todo, ¿sus derechos
no tiene Luis? ¿Quién extraña
que defenderlos procure
contra injustas esperanzas?

OROP. Las injustas son las suyas.
¿Los derechos de la infanta,
su esposa, no renunció?
Pues bien, ¿por qué los reclama?

S. EST. No los pudo renunciar.
Por ventura, ¿así se cambian
las leyes de un reino? Sólo
se quiso evitar que entrambas
coronas se reuniesen;
si este obstáculo se allana,
al legítimo heredero
¿quién la sucesion arranca?

OROP. La union y la independencia
de monarquía tan vasta
sólo puede conservar
la dinastía austriaca.

PORT. ¿A qué discutir? El Rey
tiene consultado al Papa:
¿quién su sentencia infalible
con veneracion no aguarda?

FRIG. Yo cual nadie la venero,
mas su autoridad sagrada,

si es absoluta en la Iglesia,
en este asunto no basta.
Hay leyes, y por capricho
nadie puede derogarlas.
Cuando importantes cuestiones
como esta cuestion se tratan,
legítimo y nacional,
con facultad soberana,
un cuerpo no más existe:
las Córtes... A convocarlas
estais, señor, obligado,
y Castilla las aguarda.
Su fallo sumiso el reino
siempre obedece y acata;
mas donde falta su fuerza,
¿qué vale otra fuerza?... Nada.

(Al oir estas palabras todos los cortesanos se muestran asombrados y murmuran, alejándose de Frigiliana. Sólo alguno da muestras de aprobacion.)

REY. Los murmullos que escuchais
os advierten, Frigiliana,
que ese atrevido consejo
en el desacato raya.
Si os perdonara, seria
dar á los osados alas
para que al fin cohonestasen
mi autoridad soberana.
Salid de mi corte al punto,
é id desterrado á Granada.

FRIG. Señor...

REY. Basta; obedeced.

(Frigiliana se retira.)

Decidir en esta causa
sólo á mí me pertenece;
mas de ello hablar no me agrada.
Despejad.

(Los cortesanos se van á retirar, pero al llegar á la puerta salen Florencio é Inés; se detienen, y prendados de esta última, vuelven atrás con ella.)

ESCENA VI

DICHOS, FLORENCIO é INÉS.—Inés manifiesta reparo en entrar; Florencio la anima, y la hace adelantarse.

FLOR. No tengas miedo;
entra, ven.
INÉS. ¡Ay, Dios!... ¡Si se hallan
tantos señores!
FLOR. Son todos
cortesanos que á las damas
saben respetar.
HARC. Florencio,
bribon! ¿cómo te acompaña
tan bella jóven?
FLOR. Es que...
OROP. Con efecto, es una alhaja.
PORT. ¡Qué aire tan angelical!
HARC. Tiene la más linda cara...
(Harcourt se acerca á Inés, que asustada se refugia en los brazos de Florencio.)
INÉS. ¡Ay, Dios mio!
REY. ¿Qué hay?... ¿qué es eso?
FLOR. Yo soy, señor.—Ven, avanza, (A Inés.)
que aquel es el Rey.
INÉS. Yo toda
tiemblo como una azogada.
FLOR. Alienta.
REY. ¡Ah! Florencio, ¿vienes
á cumplirme tu palabra?
¿Es esa la novia?
FROIL. ¡Oh cielos!
Es ella misma: ¡qué rabia!
(Aparte y asombrado al ver á Inés.)
FLOR. Sí, señor. (Al Rey.)
REY. Bien me parece.
Aire candoroso... trazas
tiene de hacer buena esposa.
HARC. ¡Cómo!... ¿Con ella se casa

este perillan?

REY. Y hay más;
que soy su padrino.

PORT. ¡Tanta
bondad!

REY. Es fiel servidor,
y yo no conozco tasa
cuando lealtades premio.

OROP. Señor, os pido una gracia.

REY. ¿Cuál es?

OROP. Ser yo quien en nombre
vuestro la conduzca al ara.

REY. Os lo concedo.

OROP. Las bodas
se harán, Florencio, en mi casa.

FLOR. Mucho me honrais, señor conde.

MONT. Pues yo á la novia sus galas
la prometo regalar.

S. EST. Yo tambien ricas alhajas.

HARC. Y yo...

FLOR. Señores...

REY. Bien; esa
generosidad me agrada.
Hermosa niña, acercaos...
Nada temais... si un monarca
de otros hombres se distingue,
la bondad sola le ensalza.

INÉS. Ah señor... mi sobresalto
disipan esas palabras.

REY. ¿Cuál es vuestro nombre?

INÉS. Inés.

REY. ¿Y vuestro padre?

INÉS. En mi infancia
me lo arrebató el destino:
murió sirviendo á su patria.

REY. ¿Quién cuidó vuestra niñez?

INÉS. Mi madre, madre adorada,
cuya pérdida reciente
mi alma de dolor traspasa.

REY. ¿Quién os proteje en el mundo?
INÉS. La virtud y la esperanza.
REY. ¡Pobre niña!... mucho arriesga
la inocencia abandonada.
INÉS. De hoy más cesa mi orfandad,
pues vuestra bondad me ampara.
REY. Sí... sí... yo te ampararé.
¡Oh qué sensacion tan grata
experimento al oirla!
Esa voz... esas miradas...
Ven, hija, acércate más.
¿Conque tu madre te falta
tambien?
INÉS. A la tumba fria
la llevaron sus desgracias.
REY. ¿Era infeliz?
INÉS. ¡Ay! Jamás
la risa en su faz brillara.
REY. ¿Qué penas eran las suyas?
INÉS. Fatal secreto agobiaba
su pecho, y á mi ternura
siempre lo ocultó obstinada.
Su existencia era llorar;
yo acudia á consolarla,
y más afligida entonces,
una profética llama
brillaba en sus ojos ¡ay!
que mil penas me anunciaba.
Exenta yo de recelos,
en Dios puse mi confianza.
Con la virtud, me decia,
con la virtud no hay desgracias;
si puro mi corazon
la alberga, si mis plegarias
dirijo al cielo con tino
y en su proteccion descansa
la inocencia, ¿quién podrá
dañar á quien nunca daña?
¡Cuál me engañaba, señor!

Aquella dichosa calma
en breve turbada fué
por quien menos lo pensara.
Un hombre... ¡yo me horrorizo!...
mas no era un hombre, que su alma,
templo de la hipocresía,
de la maldad, de la infamia,
fingiendo santa virtud,
todo el infierno abrigaba.
Este hombre...

(Mientras ha estado diciendo los anteriores versos, Froilán se habrá ido acercando á ella, y al llegar aquí se le coloca delante. Inés alza la vista, le mira, da un grito, retrocede, y va á refugiarse junto á Florencio, á quien abraza.)

¡Jesús mil veces!
¡Ay!

REY. ¿Qué es eso?
FLOR. ¡Inés!
OROP. ¿Qué causa?...

(Los cortesanos asombrados se acercan á Inés con interés.)

INÉS. Huyamos de aquí. (Á Florencio.)
FLOR. ¿Por qué?

(Froilán se acerca á Inés, y asiéndola por un brazo, la atrae hácia él. Inés vuelve la cabeza y se resiste aterrada.)

INÉS. ¡Vos!... No... no... no.

(Froilán la tira con fuerza, se impone con la vista, y la conduce de nuevo hasta el Rey, diciéndole de paso en voz baja y con misterio.)

FROIL. Ven... y calla.
REY. ¿Qué repentino terror?
FROIL. ¡Qué!... Señor... no ha sido nada.
INÉS. Sí... nada... nada. (Con risa forzada.)
REY. Prosigue...
INÉS. ¿Qué... señor?...
REY. De tus desgracias
la historia.

INÉS. ¿Quién?... ¿Yo?... Si he sido
muy feliz... mucho.
REY. ¿No hablabas
de un hombre malvado?
INÉS. Sí;
mas era... no sé... me falta
la memoria.
FLOR. Algun recuerdo
funesto turbó la calma
de su mente, y ya no acierta...
Pero yo en breves palabras
os lo diré... Perseguida
por la pasion insensata
de aquel mónstruo cuyo nombre
calla siempre horrorizada,
huyendo su odiosa vista,
su astucia, sus amenazas,
abandonó el dulce hogar
donde corriera su infancia.
Vino á la corte, y aquí,
al peso de las desgracias,
sucumbió su tierna madre,
por quien todavía arrastra
triste luto; y yo, señor,
al verla desamparada,
mi amor, mi mano y mi vida
he jurado consagrarla.
REY. Y yo su padre seré.
Hija mia, ven, abraza
á tu protector, tu amigo.
INÉS. ¡Ah! señor...
REY. No temas; calma
esa inquietud... ¿Por qué tiemblas?
Tu llanto mis manos baña.
¿Tienes, díme, algun pesar?
INÉS. No... que este llanto lo arranca
la gratitud.
REY. Yo tambien
siento lágrimas que arrasan

mis ojos... y conmovido,
palpita mi pecho.

FROIL. Basta,
señor; advertid que estais
débil y enfermo; arriesgada
para vos pudiera ser
esa conmocion extraña.

REY. Decís bien, Padre; conozco
que la quietud me hace falta.
Adios, hija, adios.—Florencio,
condúceme hasta mi estancia.
Despues de las rogativas,
vuestras bodas celebradas
quedarán.—Conde, os encargo
los preparativos.

OROP. Nada
faltará para que sean
dignos de tan gran monarca.

INÉS. ¡Florencio!

FLOR. Espérame aquí.
Vuelvo, que el deber me llama.
(Vánse el Rey y Florencio por un lado, los grandes por otro.)

ESCENA VII

INÉS y FROILÁN

FROIL. ¡Bueno!... Aquí queda. (Aparte.)

INÉS. ¡Santo Dios! Me dejan
aquí sola con él... ¡Valedme, cielo!
(Con el mayor sobresalto.)

FROIL. ¡Inés!

INÉS. Huyamos. (Quiere salir.)

FROIL. ¿Dónde vas?... Detente.
(Va y la detiene.)

INÉS. Dejadme.

FROIL. Ven acá.

INÉS. No... no... ¡Florencio!

FROIL. Calla.

INÉS. Soltad.

FROIL. Tu resistencia es vana.
No, no te escaparás... ¡Al fin te encuentro!
Propicio el hado mis anhelos cumple;
si una vez te perdí, ya te poseo.
INÉS. Y bien, ¿qué me quereis?
FROIL. ¿Tú lo preguntas?
¿Lo ignoras?
INÉS. ¡Infeliz!
FROIL. No, mi recuerdo
te persigue, te acosa... tu descanso
turba y destruye cual fatal ensueño,
y tu mismo terror, tu llanto mismo
prueban que siempre detestado objeto,
en tí mi imágen con tus odios vive,
cual yo con mi pasion aquí te encierro.
INÉS. ¡Oh Dios!... ¿Qué escucho? Y aun osais hablarme
de vuestro horrible amor, que me extremezco
tan sólo al recordar!... Vos, cuyos votos...
FROIL. ¡Mis votos!... Bien los sé... Duro, tremendo,
imposible deber fieros me imponen,
cambiando en crímen inocente afecto.
Mis votos no olvidé, ni necesito
me los recuerdes tú... Que al cielo ofendo,
lo sé tambien, lo sé... Juzga tú ahora
cuán grande es mi pasion, pues lo consiento.
INÉS. ¡Cielos! Me horrorizais.
FROIL. Oyeme... un año
luché con este amor para vencerlo;
lucha penosa, sin igual, tremenda,
cual la lucha de Dios con el infierno.
Huí del mundo, y mi fervor piadoso
buscó de un claustro el sepulcral silencio.
Al pié del ara me postré rogando,
y su mármol bañé con llanto acerbo.
Mi cabeza cubrí con vil ceniza;
cruel cilicio atormentó mi cuerpo;
mi mano armada de nudosas cuerdas,
regó con sangre mis rasgados miembros;
escasas yerbas mi alimento han sido,

y mi único descanso el duro suelo.
Pensé que Dios tan penitente vida
al fin premiara sofocando el fuego
de mi funesto amor... ¡Vana esperanza!
Cuanta más penitencia, más deseos.
Do quier tu imágen me persigue: la hallo
en la celda, en el claustro, hasta en el templo,
y en la Vírgen que miro sobre el ara,
si la llego á implorar, tu rostro encuentro.
Plegarias dirigir á Dios procuro,
y expresiones de amor sólo profiero;
y si pienso en la gloria algun instante,
separado de tí no la comprendo.
Mira este cuerpo flaco, extenuado;
contempla este semblante macilento;
son aun más que de ayunos y cilicios,
estragos del amor que arde aquí dentro.
Pues tanto sacrificio Dios no acepta,
á mi pasion de hoy más todo me entrego.
Mia tienes que ser.

INÉS. ¡Vuestra!

FROIL. O de nadie.

INÉS. Mentís... de otro soy ya.

FROIL. ¡De otro!... Pues eso,
eso te pierde... ¡Tu desden... tus odios,
todo sufrirlo resignado puedo;
mas verte ajena!... No... Desventurada,
responde: ¿sabes tú lo que son celos?

INÉS. ¿Yo?... No sé más que amar... y odiar ahora.

FROIL. Aborréceme, pues; yo lo consiento.
En el odio tambien delicias hallo;
en él tambien encontraré consuelos;
si no puedo gozarme en tus caricias,
en tu llanto podré gozarme al menos.

INÉS. ¡Mónstruo!

FROIL. ¿Qué digo?... No me creas... Oye:
todavía capaz soy de un esfuerzo.
Rompe esos nudos que formar intentas;
á ese rival renuncia que aborrezco,

y yo tambien, sacrificando entonces...
INÉS. ¿A qué exigir lo que cumplir no puedo?
FROIL. ¿Eso dices?... Pues bien; ámale, imbécil.
No; ya no aspiro con ardientes ruegos
tu afecto á conquistar; ni lo alcanzara,
ni fuera menos tu desvío siendo
mayor mi humillacion; tal vez consiga
hoy del terror lo que de amor no espero.
INÉS. ¿Quién?... ¿Vos? Jamás. ¿Y osais amenazarme?
Horror sí me inspirais, pero no miedo.
FROIL. ¡Insensata!... ¡Ay de tí!... ¡Tú no conoces
cuánto en hombres cual yo puede el despecho!
INÉS. Sí, lo conozco, sí... Basta miraros;
todo esos ojos me lo están diciendo.
Del infierno, sus furias y suplicios,
es el retrato vuestro horrible aspecto.
Mas ¿qué me importa?... Vuestra furia insana
en vano me amenaza con tormentos,
que así más firme á mi Florencio adoro,
y á vos, bárbaro, á vos más os detesto.

ESCENA VIII

DICHOS y FLORENCIO.—Florencio sale á la escena al principiar Inés los cuatro versos anteriores, y se para escuchando.

FLOR. ¿Qué he escuchado? ¡Oh furor!
INÉS. ¡Florencio!
FLOR. ¡Padre!
(Con aire amenazador.)
FROIL. ¿Qué quieres, rapaz?
FLOR. ¿Qué es lo que quiero?
Esas palabras explicadme ahora
que acabo de escuchar... Creer no puedo
la atroz sospecha que...
FROIL. Ella las dijo;
á ella toca explicarlas.
INÉS. Ven, Florencio;
huyamos de este sitio.
FLOR. No, que todo,

todo el horrible arcano ya comprendo;
si tus ojos, tu hablar no lo dijeran,
lo dijera el horror que al verle siento.
Este es el hombre vil que te persigue;
la causa es esta de tu llanto acerbo;
en la triste Alcalá le conociste,
y de allí nos le trajo el mismo averno.

FROIL. Pues bien, yo soy... Sin máscara engañosa,
sin disfraz ante tí mostrarme quiero;
mira en mí tu rival, rival terrible;
yo adoro con furor, con él detesto.

FLOR. Si mis manos mancharse no temiesen
con esa sangre vil, hora mi acero...
Mas el Rey lo sabrá; mi labio al punto
quién sois le va á decir.

FROIL. Díselo, necio.
¡Piensas te ha de creer!... Cuando á mis plantas
cada dia le miro, cuando tengo
su conciencia en mis manos, ¿quién contrasta
mi omnímodo poder? Este secreto
ve, pues, y le revela, lo permito,
mas sólo para tí será funesto.

FLOR. ¡Ah! ¡Qué harto bien decís!... Supersticiosos,
así besan los hombres vuestros hierros;
alma de Lucifer teneis, inícuos,
y adorados cual ángeles os vemos.
Huid de mi presencia, ó bien...

FROIL. Me marcho,
pero conmigo la venganza llevo.
Amaos, infames, mas será por poco;
temblad... pronto vereis lo que yo puedo. (Váse.)

INÉS. ¡Ay! ¡Sus palabras de pavor me llenan!

FLOR. Ven á mis brazos, pues, y alienta en ellos.

INÉS. ¡Florencio!

FLOR. ¡Inés!

INÉS. ¿Me quieres?

FLOR. Te idolatro.

INÉS. ¡Ah! Si á tu lado estoy, nada recelo.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El teatro representa la sacristía del convento de Atocha. El fondo estará abierto por tres grandes puertas ó arcos, por entre los cuales se ven los claustros y el patio. En el claustro se descubren los retratos de los reyes de España, y estos retratos llegan hasta dentro de la sacristía, en la cual estarán los de los reyes de la dinastía austriaca, viéndose junto al proscenio el de Cárlos V. A la derecha del espectador una mesa de nogal como las que se usan en las iglesias, y un gran sillon de baqueta.

ESCENA PRIMERA

(Al alzarse el telon se ve pasar por el claustro una procesion. En seguida de toda la comunidad van muchos grandes y señores ricamente vestidos, y últimamente el Rey con los embajadores, el Cardenal y toda la córte. Todos llevan hachas encendidas. Sigue un numeroso pueblo. Mientras pasa la procesion, se oye dentro una música, á cuyos acentos entonan los religiosos el siguiente himno.)

CORO

Oye benéfico,
Supremo Dios,
De fieles súbditos
La triste voz.
Si Saul réprobo
Por tí sanó,
De un rey católico
Ten compasion.

ESCENA II

FROILÁN.—A poco de pasar la procesion sale por el foro Froilán muy despacio, con los brazos cruzados y meditabundo.

FROIL. No; nunca la obtendré yo...
nunca... El cielo en sus rigores,
ó el infierno en sus furores,
tanta dicha me negó.
Con ella me arrebató
virtud, placer y sosiego.
Destino injusto, hado ciego,
si el tierno amor me vedaste,
¿por qué en mi pecho encerraste
este corazon de fuego?
¡Sufrir yo!... ¡Ser feliz ella!...
¡Ser con ella otro dichoso!
¡Oh! ¡Pensamiento horroroso!
Maldigo mi infausta estrella.
¡Ay triste! ¿Ni una centella
de alivio á tus males ves?..,
Una, sí... bárbara es...
¡La venganza!... Yo la anhelo;
sólo puedo hallar consuelo
siendo infelices los tres.
¡La venganza!... ¿Y he de ser
tan bárbaro, por ventura,
que en tan tierna criatura
mi saña habré de ejercer?
Mas tal es hoy tu querer,
¡oh cielo!... Si era menor
lejos de ella mi dolor,
cuando á volvérmela llegas,
pues á mi amor no la entregas,
la entregas á mi furor.
(Se oye otra vez á lo lejos la música y el coro.)
¡Oh! ¡Cuán mi pecho atormentan
esos místicos cantares!
Al oirlos, mis pesares,

mis furores se acrecientan...
Los votos que me violentan,
este traje, esta clausura,
sepulcro de mi ventura,
yo los odio... ¡Maldicion!
Lo que en otro es salvacion,
en mí el infierno asegura.
(Se sienta pensativo.)

ESCENA III

FROILÁN, EL INQUISIDOR GENERAL, EL PRIOR DE ATOCHA y EL VICARIO DE LAS MONJAS DEL ROSARIO.—El Inquisidor y el Prior se quedan al foro hablando.

INQ. ¿Lo habeis entendido bien?
PRIOR. Sí, señor.
INQ. ¿Estará todo
dispuesto?
PRIOR. Nada hará falta.
INQ. Mucho aparato.
PRIOR. Asombroso.
INQ. La comunidad entera
ha de asistir.
PRIOR. Ni uno solo
faltará.
INQ. Muchos ciriales.
PRIOR. Cual solemne mortuorio.
INQ. Va en ello la salvacion
del Estado.
PRIOR. Lo supongo.
INQ. Luego fray Mauro vendrá,
que es exorcista famoso.
PRIOR. Como que de Austria le envía
el Emperador Leopoldo.
INQ. Id, y aguardad el aviso.
PRIOR. Todo al punto lo dispongo. (Váse.)

ESCENA IV

FROILÁN, EL INQUISIDOR y EL VICARIO

INQ. ¡Padre Froilán!
FROIL. ¡Ah, señor! (Se levanta.)
INQ. ¿Solo aquí?
FROIL. Hace muy poco.
INQ. ¿La funcion abandonais?
FROIL. Me fué dejarla forzoso.
¡Tanta luz! ¡Tanto calor!
INQ. Hace ya dias que noto
que desazonado andais.
FROIL. Algo.
INQ. Hay en vuestros ojos
cierta cosa...
FROIL. ¿Qué decís?
INQ. Bueno y santo es ser devoto,
pero el exceso tambien
suele dañar.
FROIL. Lo conozco.
INQ. Menos penitencia, pues,
que al fin no sois ningun mónstruo.
FROIL. ¡Pluguiera al cielo!
INQ. ¿Qué?
FROIL. Nada...
dejemos... ¿Se acaba pronto
la funcion esa?
INQ. Sí, luego.
Magnífica ha sido; como
que el Rey todo el tiempo ha estado
sin pestañear... ¡Qué asombro!
¡En un señor tan enfermo,
tal resistir!... Mil encomios
merece su devocion,
y á todos nos deja absortos.
VIC. Dios le da fuerzas, sin duda.
INQ. Por supuesto... de otro modo...

¡Y que en un cuerpo tan santo
esté metido el demonio!

VIC. ¡Lástima grande, en verdad!

INQ. De ello estaba tan remoto...

FROIL. Las pruebas son terminantes.

VIC. Por la causa es ya notorio
el maleficio del Rey;
hay declaracion de teólogos,
y dudar fuera herejía.

INQ. ¿Dudarlo?... ni por asomo.
A vos tamaño servicio (Al Vicario.)
debe España, Padre Antonio.

VIC. Señor...

INQ. Seguid... No dudeis
que el premio...

VIC. Nada ambiciono.

FROIL. Aun por hacer falta mucho.

VIC. Sí... ya lo sé.

FROIL. Sobre todo (Con intencion.)
averiguar el autor
del maleficio.

VIC. Yo pongo
los medios, mas al conjuro
aun se resiste el demonio.

INQ. Pues amigo, compelerle,
y que ande listo el hisopo.

VIC. Tiempo vendrá... mas ahora
al más urgente socorro
es lo que importa acudir,
y eso que sea muy pronto.
Mirad que si dilatais
los remedios que propongo,
atais las manos á Dios...
y ya de nada respondo.

INQ. Por eso, así que se acabe
esta funcion, es forzoso
que aquí se exorcise al Rey.

FROIL. Vuestro parecer adopto.

(Pasan por el claustro gentes que se retiran de la iglesia.)

INQ. Pero ya sale la gente,
y el Rey, si no me equivoco,
viene allí... Padre Froilán,
id, y mientras le dispongo
al exorcismo, en la iglesia
mandad que todo esté pronto.

FROIL. Está bien.
(Al tiempo de marcharse pasa por junto al Vicario y le dice en voz baja y con misterio.)
Padre Vicario...

VIC. Señor...

FROIL. Con vos de un negocio
tengo que tratar.

VIC. Soy vuestro.

FROIL. Luego, cuando estemos solos. (Váse.)

ESCENA V

EL REY, EL INQUISIDOR, EL VICARIO, HARCOURT, PORTOCARRERO, EL PRIOR y séquito

REY. Entremos aquí, señores,
descansaremos un poco.

HARC. La funcion ha sido larga.

REY. No tal... dos horas en todo.

HARC. Tres cabales.

REY. No pensé...
siempre me parecen cortos
estos santos ejercicios.

PRIOR. Eso, señor, es muy propio
de vuestra piedad.

REY. Merece,
Padre Prior, mil elogios
de esta solemne funcion
el aparato grandioso.

PRIOR. Los religiosos de Atocha
que del privilegio honroso
gozan de adornar su templo
con los triunfales despojos
que gana España en las lides,

y siempre miran en torno
de nuestros ínclitos reyes
los retratos, cuando votos
dirigen por sus monarcas
al cielo, nada costoso
encuentran.

REY. Ni á mí me duele
tampoco abrir mis tesoros
para enriquecer, cual debo,
estos asilos piadosos.
En Sevilla extensas tierras
posee mi patrimonio;
ya son vuestras.

PRIOR. ¡Ah señor!...

REY. En recompensa os impongo
la obligacion de mil misas
para mi eterno reposo.
¡Hola, Padre Inquisidor!
Dichosos al fin los ojos
que os ven; muy graves asuntos
os han de ocupar, supongo,
cuando en la córte no os veo.

INQ. Y tan graves, que es forzoso
que de ellos hable con vos.

REY. Decís eso con un tono...

INQ. Vuestra salvacion tal vez
depende de este coloquio.

REY. ¡Mi salvacion!

INQ. Sí, señor.
Permitid quedemos solos.

REY. Despejad. (A los grandes y comitiva.)

PRIOR. Señor, sentaos.

REY. Bien. (Se sienta en el sillon.)

PRIOR. ¿Quereis algo?

REY. Algo flojo
me siento.

PRIOR. Tomad un trago
de Jerez y unos bizcochos.

REY. No; mejor me sentará

el chocolate.

PRIOR. ¿Con bollos?

REY. De los de Jesus.

PRIOR. Se entiende,

que aquí no gastamos otros.

ESCENA VI

EL REY, EL INQUISIDOR y EL VICARIO

REY. Hablad, pues, Inquisidor;
ya os escucho... Mas, ¿no os vais, (Al Vicario.)
Padre Cura?... ¿A qué aguardais?

INQ. Debe quedarse, señor.

REY. ¿Importa aquí su presencia?

INQ. Importa.

REY. Pues que se quede.

INQ. Es varon que mucho puede
con su milagrosa ciencia.

REY. ¿Qué ciencia?

INQ. Os asombrareis.

REY. ¿Cuál?

INQ. Habla con el demonio.

REY. Con el... ¡Jesus! ¡San Antonio
me valga! (Se persigna.)

INQ. No os asusteis.

REY. ¿Teneis de ello buenos datos?

INQ. Yo mismo le suelo oir.

REY. ¿Sí?

VIC. ¿Quién no se ha de reir (Aparte.)
de este par de mentecatos?

REY. ¿No es caso de Inquisicion?

INQ. La Inquisicion lo permite.

REY. ¡Ah!... ¡ya!

VIC. Dadme á besar...
(Arrodillándose para besar la mano.)

REY. Quite,
aparte.

INQ. ¿Por qué razon?

REY. ¿No es nada?... ¡Un hombre que tiene
pacto con el diablo!
VIC. ¿Yo?
INQ. ¿El con el diablo?
REY. ¡Pues no!
INQ. Señor, si á sanaros viene.
REY. ¿A sanarme?
INQ. Esa dolencia
que nadie alcanza á curar,
¿no os da ya que sospechar?
REY. Dicen que tiene apariencia
de...
INQ. Y algo más.
REY. ¿Conque al fin...
es cierto?... ¡Ay Dios!... ¡Qué dolor!
VIC. Fallece.
INQ. Señor... señor...
VIC. Para un rey, qué alma tan ruin. (Aparte)
REY. No griteis... es un vahido...
ya serenándome voy...
Decid... ¿es verdad que estoy
de los malos poseido?
INQ. ¿No os lo ha dicho, por ventura,
vuestro confesor?
REY. Sí tal;
mas creer tan fiero mal
es en verdad cosa dura.
INQ. ¿Y no le mandásteis vos
consultar al Santo Oficio?
Pues bien; se ha hallado un indicio
que...
REY. Decídmelo, por Dios.
(Se levanta y se coloca entre los dos.)
INQ. El medio ha sido, en verdad,
sorprendente, sobrehumano;
mas do no alcanza lo humano,
entra la divinidad.
REY. Ya se ve... yo á Dios no quito
el poder de hacer portentos.

INQ. Cuando hechos los tiene á cientos,
¿por vos no hará uno chiquito?
REY. ¿Por mí, pecador?
VIC. Sois rey;
con quien es de régia casta
otras atenciones gasta
que con la plebeya grey.
REY. Eso ya huele á lisonja...
Decid el milagro, pues.
¿Lo habeis hecho vos?
VIC. No; que es
quien suele hacerlo una monja.
REY. ¿Qué decís, santo varon?
VIC. De unas monjas soy Vicario
que á la Vírgen del Rosario
tienen suma devocion.
¡Unas bienaventuradas!
REY. ¿Pero qué tienen que ver
las madres con Lucifer?
VIC. Es que están maleficiadas.
REY. ¿De veras?
INQ. Eso es notorio.
REY. ¿Pero todas?
VIC. Todas no.
Tres... y aun así paso yo
las penas del purgatorio.
REY. ¿Por qué?
VIC. Para conjurarlas.
Si fuera de sí las pone
Lucifer. ¡Dios me perdone!
REY. ¿No habeis podido sanarlas?
VIC. Imposible.
REY. ¡Jesus mio!
¿Luego en mi mal no hay enmienda?
VIC. Sí.
REY. Buscad quien os entienda;
ya de oiros desvarío.
VIC. Del cuerpo de un hombre, sí
se puede al diablo expeler;

mas si es cuerpo de mujer
no hay quien le arranque de allí.

REY. Es cosa extraña, por cierto.
¿Y habla con vos ese diablo?

VIC. Sí, señor... como yo os hablo.

INQ. Con mi permiso, os advierto.

REY. Cuando vais á preguntarle,
¿los secretos os revela?

VIC. No, que tambien se rebela
y á la fuerza hay que obligarle.

REY. ¿Cómo le obligais?

VIC. Haciendo
en su presencia la cruz,
y á veces tambien la luz
de santas velas enciendo.
Con el hisopo sin duelo
le cubro de agua bendita.
El allá dentro se irrita
y pone el grito en el cielo;
la monja da compasion,
y hace visajes horribles;
mas á mis votos terribles
cede del diablo el teson.
Entonces, sin resistencia
se deja al ara llevar,
y allí le obligo á jurar
que ha de prestarme obediencia.

REY. ¿Y por quién jura el protervo?

VIC. Jura por Dios trino y uno.

REY. Cristiano está.

VIC. Cual ninguno;
tal es su dolor de acerbo.

REY. En fin, ¿qué os dice de mí?

VIC. Jura á Dios que estais infesto.

REY. Mas este hechizo funesto,
¿cómo, cuándo le adquirí?

VIC. Os lo dieron en bebida.

REY. ¿Qué bebida?

VIC. Chocolate.

REY. No digais tal disparate.
VIC. El lo jura por su vida.
REY. Con estas cosas me ofusco.
¡Chocolate!
VIC. Sí, en verdad.
REY. ¡Que encierre tanta maldad
un poco de soconusco!
(Sale un Lego con una bandeja, una marcelina de plata, chocolate y bollos.)
LEGO. Señor...
REY. ¿Qué?
LEGO. Si sois servido...
REY. ¿Qué es lo que traeis ahí?
LEGO. Chocolate.
REY. ¿Para mí? (Retrocediendo.)
LEGO. Sí, señor; lo habeis pedido.
REY. No lo quiero ya.
INQ. Tomadlo.
REY. ¿El qué?... ¿Ese negro brebaje?
De verlo me da coraje.
INQ. ¡Y hecho aquí!
REY. Es verdad... dejadlo.
(El Lego deja el chocolate sobre la mesa, y váse.)
INQ. Sin escrúpulos podeis
tomarlo, que es de regalo.
REY. Con todo, no será malo
que la bendicion le echeis.
(El Inquisidor bendice el chocolate. El Rey se sienta, y despues de tomar una sopa, dice:)
¡Con chocolate!... Por cierto
que es particular hechizo.
Más, ¿señor, con qué se hizo?
¿qué habria en él?
VIC. Cuerpo muerto.
REY. ¡Cuerpo muerto!... ¡Ave María!
¿Eso dice Satanás?
(Repele el chocolate, y se levanta horrorizado.)
INQ. ¡Qué... ¿Dejais?
REY. No quiero más.

¡Y de un ahorcado seria,
que esos malos hechiceros
buscan siempre ajusticiados!

VIC. Ya sus miembros entregados
estaban á buitres fieros.

REY. ¿No lo dije?... ¡Compasion!

VIC. Con los sesos el malsin
hizo el misto.

REY. ¿Y á qué fin?

VIC. Perturbar vuestra razon.

REY. ¿Y al hechicero no cita?

VIC. Sólo dice fué mujer.

REY. Por fuerza habia de ser
alguna vieja maldita.
¿No veis, Padre, qué dolor? (Al Inquisidor.)
¿Qué haremos?

INQ. Poner remedio.

REY. ¿Pero cuál?

VIC. Luzbel da el medio.

REY. ¡Cómo!... ¡Luzbel!!...

VIC. Sí, señor;
que aunque es por natura insano,
á dar remedios se aviene,
y él tambien á veces tiene
partidas de buen cristiano.

REY. ¡Ya respiro!... ¿Pero quién
de él esperará consuelo?

INQ. Para castigarle, el cielo
le compele á hacer el bien.

REY. En fin, ¿qué haremos en esto?

VIC. En ayunas un vasito
tomad de aceite bendito;
pero no comais tan presto.

REY. Yo comer poco deseo,
y por eso estoy tan magro.

VIC. ¡Sí; que vivais es milagro!
¿Paseais?

REY. Nunca paseo.

VIC. Pues hacedlo con frecuencia.

Tomad los récipes mismos
que mandan los exorcismos,
si hubiere en vos suficiencia.
¿La teneis?

INQ. Preceptos vanos;
fuerza bastante no tiene.

VIC. Pues entonces no conviene,
no se quede entre las manos.

INQ. Mejor será del conjuro
el aparato grandioso,
que es de efecto y religioso.

REY. Bien está... si con él curo...
Mas ¿cuándo y cómo será?

INQ. Aquí será el mejor modo.
Dispuesto lo tengo todo,
y ahora mismo se hará.

REY. ¿Ahora?

INQ. ¿Teneis reparo?

REY. No... pero...

INQ. Dispuesto estais.
De comulgar acabais,
ni yo de vos me separo.

REY. ¿Me tratareis con piedad?

INQ. Cesaremos si os molesta.
La iglesia estará dispuesta.
Padre Vicario, avisad. (Váse el Vicario.)

ESCENA VII

EL REY y EL INQUISIDOR

REY. ¿Y hará tambien el conjuro
este Padre, por supuesto?

INQ. No, señor, que para vos
mejor exorcista tengo.

REY. ¿Quién es, pues?

INQ. Fray Mauro Tenda;
de capuchinos un lego
que en Alemania ha adquirido
gran reputacion, haciendo

muchas curas milagrosas,
y aquí viene de ex-profeso
para sanaros á vos.

REY. ¡En Alemania!... Lo creo,
que hay allí muchos herejes.
En sus manos me encomiendo.

ESCENA VIII

EL REY, EL INQUISIDOR, FROILÁN, EL PRIOR, FRAY MAURO y RELIGIOSOS.—Los religiosos salen todos con hachas encendidas, cantando el «De profundis», y se colocan en dos filas. Fray Mauro, acompañado de dos sacristanes con el caldero del agua bendita y el hisopo, se acerca al Rey, llevando una gran cruz en la mano.

INQ. Señor... si gustais...

REY. ¿Es este
el fray Mauro Tenda?

INQ. El mismo.

REY. Advertidle que estoy débil,
y que se vaya con tiento.

INQ. Ya lo está.

REY. Padre Froilán,
¿qué es lo que vos decís de esto?

FROIL. Que vuestra salud, vuestra alma,
necesitan tal remedio.

REY. Siendo así, conformidad.
Vamos, pues lo manda el cielo.

INQ. Esperad, que no podeis
marchar con tales arreos.

REY. ¿Cómo?

INQ. La pompa mundana
es fuerza dejar primero;
el penitente, no el rey,
en vos contemplar debemos.

REY. ¿Qué haré, pues?

INQ. Esas insignias
quitaos, señor, del pecho.

REY. Sea.

(Se quita el collar del toison, la espada, la daga, se pone

la capa de un hábito que le presentan, y hace todo lo demás que indica el diálogo.)

INQ. La espada.

REY. Tomadla.

INQ. Colgad de los hombros vuestros
este hábito.

REY. Bien está.
¿Qué más?

INQ. Traed un rosario.

REY. El mio conmigo llevo.

INQ. Llevad en la mano un cirio.

REY. Venga, pues.

INQ. Ahora, marchemos.

(Vanse todos cantando de nuevo el «De profundis»; Froilán se queda, y al tiempo de pasar por la puerta el Vicario, que va detrás de todos, se acerca á él y le llama tocándole en el hombro.)

ESCENA IX

FROILÁN y EL VICARIO

FROIL. Padre Vicario, palabra.

VIC. Vuestro soy, Padre Froilán.

FROIL. A solas tengo que hablarle.

VIC. Hable su paternidad,
mas suplico sea breve
porque esperándome están.

FROIL. No haceis falta; el capuchino
basta para exorcisar.

VIC. Con todo; si cometiese
algun descuido fatal...

FROIL. Miradme bien, Padre cura.

VIC. Ya os miro.

FROIL. Pero formal.

VIC. El caso no es para risa.

FROIL. ¿Sabeis lo que digo?

VIC. Hablad.

FROIL. Que hay misterio en este hechizo
he llegado á sospechar.

VIC. Yo no pongo nada mio;
quien lo dice es Satanás;
si en ello hubiera mentira,
mia no, suya será.

FROIL. ¿A mí me venís con esas?
Padre Vicario, dejad,
dejad pacífico al diablo,
que bien se está por allá.

VIC. Maleficios reconoce
la Iglesia; ¿vos los negais?

FROIL. Si los niego ó no los niego,
no es la cuestion.

VIC. ¿Cuál será?

FROIL. Acercaos, que estas cosas
bajito se han de tratar.
Decid: ¿qué pena merece
quien es embustero asaz
para suponer conjuros
y á todo un rey engañar,
haciendo atrevido escarnio
del más santo tribunal,
y promoviendo una farsa
que hora profana el altar?

VIC. Y decidme: ¿cuál merece
el confesor desleal
que sabiendo tal secreto
lo calla astuto y sagaz,
deja que corra el engaño,
y en vez de cortar el mal,
acaso de la impostura
es el autor principal?

FROIL. Si yo al primero descubro,
luego ahorcado le verán.

VIC. Y si yo descubro al otro,
mal á fe lo pasará.

FROIL. Sólo entre los dos advierto
una diferencia.

VIC. ¿Cuál?

FROIL. Que es el uno poderoso,

y el otro tan bajo está,
que cual gusano mezquino
sus plantas le aplastarán.

VIC. O cual víbora, tal vez
muerda á quien le ose pisar.

FROIL. Altillo está el insectillo;
mas su orgullo bajará
cuando sepa que há ya tiempo
conozco yo al perillan.

VIC. ¿Qué decís?

FROIL. Que es linda pieza
el buen señor Pedro Sanz.

VIC. ¿Mi nombre sabeis?

FROIL. ¡Pues no!
Lo del Antonio es disfraz;
y si gustais, vuestra vida
os diré de pe á pa.

VIC. No... ¿Para qué?

FROIL. Un solo rasgo
bastará para señal.
Esta corona postiza
que encubre tanta maldad,
ningun obispo os la hizo,
sino el barbero y no más;
con diarios sacrilegios
á Dios insultando estais,
y ya encendida os aguarda
la hoguera inquisitorial.

VIC. ¡Ah... compasion! (Se arroja á sus piés.)

FROIL. ¿Cómo es eso?
¿El áspid no muerde ya?

VIC. Fué necia jactancia.

FROIL. Así
os quiero yo... Pero alzad.

VIC. ¡Ah! Prometedme primero...

FROIL. Alzad... que no os quiero mal.
Decid... con estos conjuros,
¿qué recompensa buscais?

VIC.. Yo... Padre...

FROIL. Hablad con franqueza.
¿Quereis por dicha obispar?
VIC. Bueno fuera... pero tanto...
aun no me juzgo capaz...
Mi ambicion se limitaba
á canónigo no más.
FROIL. Pues seréislo.
VIC. ¿Qué decís?
FROIL. Que lo sereis.
VIC. ¿Os burlais?
FROIL. ¿Tengo cara de burlon?
VIC. No la teneis en verdad.
FROIL. Oid... la hoguera os ofrezco,
ó una canongía... Optad.
VIC. No es dudosa la eleccion;
venga lo segundo acá.
FROIL. Sí... mas es un buen bocado,
y se debe antes ganar.
VIC. Por de contado... y ya espero...
FROIL. ¿Me pondreis dificultad?
VIC. ¿Yo?... Ninguna.
FROIL. No sabeis...
VIC. Sé que bueno no será.
FROIL. ¿De qué lo inferís?
VIC. La oferta
lo dice con claridad.
FROIL. Ya veo...
VIC. Uno y otro
nos comprendemos.
FROIL. Cabal.
Del maleficio del Rey
oculto el autor está.
VIC. Yo lo creo.
FROIL. Nunca á nadie
llegásteis á señalar.
VIC. Difícil era.
FROIL. Pues yo
ahorrar os quiero ese afan.
VIC. ¿Cómo?

FROIL. Diciéndoos el nombre
del hechicero.
VIC. ¿El real?
FROIL. Que lo sea ó no lo sea,
ese solo ha de sonar.
VIC. Ya entiendo.
FROIL. Cuando volviéreis
vuestra monja á conjurar,
del hechizo á una persona
acusará Satanás.
VIC. Está muy bien... Mas al caso,
¿cuál es el nombre?
FROIL. Mirad. (Saca un papel.)
Para que no se os olvide,
en este papel está.
VIC. Bien.
FROIL. El nombre, el apellido,
la casa... ¿Falta algo más?
VIC. Si se quiere formar causa
es preciso original.
FROIL. ¿Cuerpo del delito?
VIC. Pues:
es el nombre que le dan.
FROIL. Eso ya lo tengo andado.
De su puerta en el umbral
lo hallarán haciendo un hoyo.
VIC. Bien pensado.
FROIL. Y además,
otros signos y figuras
en palacio encontrarán
debajo de la escalera,
cerca del Santo Tomás.
VIC. Con eso basta, y con menos
se quemara al Preste-Juan.
FROIL. ¿Cuento con vos?
VIC. De seguro.
FROIL. Mi oferta no hay que olvidar.
La canongía ó la hoguera.
VIC. No, no se me olvidará.

ESCENA X

DICHOS, PORTOCARRERO y HARCOURT.—Salen presurosos Portocarrero y Harcourt

PORT. Padre confesor, ¿y el Rey?
FROIL. ¿No le habeis visto en la iglesia?
PORT. No; de palacio venimos.
Traemos felices nuevas.
FROIL. ¿Cuáles?
PORT. De Roma ha llegado
ahora el Duque de Uceda
con la respuesta del Papa.
Ved aquí su carta: en ella
Su Santidad los derechos
del Rey de Francia á la herencia
de estos reinos reconoce;
ya de hoy más las dudas cesan
ante este divino fallo
que irresistible los sella
con su aprobacion... Venid:
escrupulosa conciencia
del vacilante monarca
esta autoridad suprema
fijará, y á los Borbones
por fin la victoria queda.
FROIL. Esperad... El Rey ahora
no puede daros audiencia.
PORT. ¿Por qué?
FROIL. Porque está ocupado
en ceremonias tremendas.
PORT. ¿Qué ceremonias?
FROIL. Conjuros
que los demonios expelan
de su cuerpo.
HARC. ¿Qué decís?
FROIL. El capuchino fray Tenda,
entre lúgubre aparato,
de su misteriosa ciencia,

para librar de los malos
al débil monarca, emplea
todos los recursos.

HARC. ¡Cielos!
¡Y que en España se crean
tales absurdos!

PORT. Harcourt,
ciertas ó no, las creencias
de un pueblo han de respetarse.

FROIL. Y á nuestra causa interesan
estos medios que de Cárlos
la imaginacion afectan.
Por ellos...

(Se oye dentro rumor, y la voz del Rey que grita: «¡Dejadme!» Por el claustro pasan varios frailes huyendo. Habrá empezado á anochecer.)

Pero, ¿qué es esto?
¿Qué sucederá en la iglesia?
¡Qué voces!... Los religiosos
como espantados se alejan...
Aquí se acerca el Prior...
¿Qué agitacion, Padre, es esa?

ESCENA XI

DICHOS y EL PRIOR

PRIOR. No bien empezó el conjuro,
cuando el hechizado, sea
que los demonios en él
batallasen con más fuerza,
sea que el triste aparato
su imaginacion hiriera
con insólito terror,
una tenaz resistencia
á la ceremonia opone;
nos repele, forcejea,
y corriendo á todos lados...
Pero vedle... aquí se acerca.

ESCENA XII

DICHOS, EL REY y RELIGIOSOS.—Sale el Rey despavorido y huyendo. Le siguen los frailes con hachas encendidas. Durante esta escena acabará de oscurecer, y un sacristan coloca dos candeleros encima de la mesa, encendiendo sus bujías.

REY. No me persigais... dejadme...
HARC. ¡Oh superticion!
PORT. ¡Cuál llega!
REY. Dejadme, malos espíritus.
PORT. Señor...
(Portocarrero, Harcourt y el Prior se acercan al Rey para sostenerle.)
REY. ¿Quién es?... ¿Quién se acerca?...
¿Eres tú, fraile maldito?...
Aparta... aparta.
PORT. ¡Oh funesta
ceremonia!
REY. Tantas luces...
tantas llamas... Que me queman...
que me abrasan... Socorredme.
PORT. ¡Ah!... Venid...
(Agarran al Rey y le llevan hácia el sillon, en el que le obligan á sentarse.)
REY. ¿Dónde me llevan?
Perdon, mi Dios... si pequé;
mitigad vuestra sentencia.
HARC. ¡Ah! Le acometió un desmayo.
PORT. No... no... Postrado se queda...
mas no perdió los sentidos.
PRIOR. Darle auxilios será fuerza.
PORT. Sólo há menester descanso...
Dejadlo... Ya se sosiega...
Marchaos, Padre, por Dios;
tanta gente le molesta.
Nosotros aquí quedamos,
y hasta que marcharse pueda
de él cuidaremos.

PRIOR. Muy bien...
Mas para cuando se ofrezca,
avisad.

PORT. Sí... Suba al coro
la comunidad entera,
y allí, en ferviente oracion,
que su salud restablezca
pedid á Dios.

PRIOR. Luego vamos,
y en santos himnos que muevan,
nuestras preces subirán
á las celestes esferas.
(Vánse el Prior y los frailes.)

ESCENA XIII

EL REY, FROILÁN, PORTOCARRERO y HARCOURT.—El teatro habrá quedado á oscuras, sin más luces que las dos bujías de la mesa. El Rey, sentado en el sillon, permanece abatido. Froilán, Portocarrero y Harcourt se quedan detrás, á alguna distancia.

HARC. Ya recobrarse parece.

PORT. Acaso nuestra presencia
de nuevo le alteraria.
Venid acá, no nos vea. (Se retiran al foro.)

REY. ¿Qué es esto?... ¿Dónde me encuentro?
¿Es delirio?... ¿Es ilusion?...
¡Cuán opreso el corazon
de angustia gime aquí dentro!...
Entreabrirse hasta su centro,
ver la tierra imaginé...
Con trémula planta hollé
las infernales cavernas,
y allí las penas eternas
extremecido miré.
Vana ilusion fué sin duda... (Se levanta.)
Sí... vivo aun... sí... yo existo...
su miedo el alma sacuda.
Mas ¡ay! si pena tan cruda

nos hace ya padecer
un soñado infierno ver...
aun en medio del sufrir,
¡oh cuán dulce es el vivir
y cuán temible el no ser!
¡Qué rumor!... No... me he engañado...
Solo estoy... nadie me mira...
¡Nadie!... ¿Qué digo?... Es mentira...
de gente estoy circundado.
(Mirando los retratos de los reyes.)
¿Quiénes son?... ¡Dios!... ¿Qué he mirado?...
Mis antecesores... ¡Ah!...
Cuando un rey se encuentra ya,
cual yo, abatido en presencia
de su preclara ascendencia,
¡cuán avergonzado está!
(Dirigiéndose al retrato de Cárlos V.)
Tú, á quien el mundo temió,
Cárlos, ¿por qué así me miras?
¡Ah!... Perdónenme tus iras
si tu nombre infamo yo.
La suerte que te halagó
me trató con torvo ceño,
y con obstinado empeño
nos hizo á los dos nacer,
á tí para grande ser,
y á mí para ser pequeño.
¿Qué veo?... Todos airados
reconvenirme parecen...
Oigamos... sus voces crecen...
«¿A quién darás tus Estados?»
¡Oh ilustres antepasados,
no dudeis tanto de mí!
Al francés, que aborrecí,
¿pensais que el trono daré?
No; jamás, jamás lo haré...
postrado os lo juro aquí.
(Cae arrodillado y permanece así algun tiempo, con la cara oculta entre las manos.)

HARC. ¡Qué oigo!

PORT. ¡Fatal juramento!

HARC. Nuestras esperanzas cesan.

FROIL. Dadme la carta del Papa.

PORT. ¿Para qué?

FROIL. Tengo una idea...

HARC. Ya comprendo... dadla... sí.

FROIL. No perdais tiempo.

PORT. Tenedla.

(Portocarrero da la carta á Froilán, y este va con sigilo á colocarla sobre la mesa, entre las dos luces, cerca del sillon. El Rey, despues de haber permanecido arrodillado algun tiempo, se levanta manifestando debilidad y abatimiento.)

REY. Salgamos de este retiro...
esta soledad da miedo...
Mas tenerme apenas puedo...
con dificultad respiro...

(Va con paso lento y se sienta, apoyando la cabeza en la mano. Hallándose en esta postura, dirige la vista á la mesa y ve la carta.)

Mi frente pesa.—¿Qué miro?
¿No es este el sello y la mano
del Pontífice Romano?...
Dios mio, ¿qué pliego es este?
¿Lo trajo algun ser celeste?
¡Oh! ¡Qué misterioso arcano!

(Lee la carta, dando visibles muestras de alteracion. Repite despues algunas frases de ella.)

¿Qué he leido?... «Declarad
»al de Anjou por heredero...
»no ofendais á Dios... primero
»que el de Austria es la eternidad.»
Santo Padre, perdonad...
¿No es ofenderle si cedo
y á los mios desheredo?,..
Si alguna señal, ¡oh Dios!
no dais de quererlo vos,
obedecerle no puedo.

(En este instante se oyen á lo lejos, y como partiendo de arriba, el sonido del órgano y el canto de los religiosos, que entonan en el coro el mismo himno que se cantó al principio de este acto. El Rey, sorprendido, permanece en éxtasis, y como en presencia de una vision celeste.)

¡Qué celeste melodía!...
Mientras me encuentro indeciso,
este es sin duda un aviso
que el mismo cielo me envía.
Se abre entre dulce armonía
de Dios la alta residencia...
Su trono está en mi presencia...
y allí, propicio á mi ruego,
con caractéres de fuego
tiene escrita la sentencia.
Pues bien, Señor, la obedezco;
la obedezco resignado,
y á vuestro nombre sagrado
este sacrificio ofrezco.
Inmolo á quien aborrezco
las prendas del corazon...
mas sólo mi salvacion,
sólo mi deber escucho,
que aunque mi amor puede mucho,
puede más la religion.

(Cae arrodillado. Portocarrero, Harcourt y Froilán acuden á levantarle.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El teatro representa una sala de la casa del Conde de Oropesa. En el foro una puerta de dos hojas, que es la de la capilla ú oratorio; á los lados otras dos puertas; la que está á la derecha del actor conduce fuera de la casa; la de la izquierda, al comedor; otra puerta habrá tambien á la izquierda, para ir al interior de la casa.

ESCENA PRIMERA

FROILÁN y CRIADOS.—Varios criados entran en el comedor, y otros salen; en este se oyen voces de convidados que están á la mesa. Sale Froilán con aire misterioso, observando á todas partes.

OROP. Brindo por los novios. (Dentro.)
VOCES. ¡Viva!
FLOR. / INÉS. Gracias, señores.
FROIL. ¡Qué bulla!
CRIADO. Padre, ¿á quién buscais?
FROIL. A nadie.
CRIADO. ¡Como os entrais sin ninguna
ceremonia!
FROIL. Abierta hallé
la puerta.
CRIADO. Sereis sin duda
algun convidado.
FROIL. No.
CRIADO. Errado habreis, por ventura,
la casa.
FROIL. ¿No es la del Conde
de Oropesa?
CRIADO. Sí... ¿Qué busca

su paternidad en ella?
FROIL. ¿Hoy tiene boda?
CRIADO. No suya.
FROIL. Ya sé que sólo es padrino.
CRIADO. Tampoco lo es, que ocupa
ese lugar por el Rey.
FROIL. Lo sé.
CRIADO. ¿Pues por qué pregunta?
FROIL. ¿Celebróse el desposorio?
CRIADO. No, señor... Mucho madruga
su paternidad... Más tarde,
que aun el banquete dura.
FROIL. ¿Habrá oratorio en la casa?
CRIADO. Vedle allí. (Señalando la puerta del foro.)
FROIL. ¿Tiene sólo una
entrada?
CRIADO. Otra tiene, sí,
aunque es la escalera oscura.
FROIL. Bien... ¿Decís que están comiendo?
CRIADO. Puede que pronto concluyan.
En esa sala... mirad...
venid... quizá se descubra
desde aquí á la novia... sí...
vedla allí... ¡Qué criatura
tan linda!... Parece un ángel.
FROIL. ¡Cielos!... Callad... Me importuna
vuestra charla.
CRIADO. ¡Vaya un hombre!
Tiene un gesto... No me gusta. (Váse.)

ESCENA II

FROILÁN

FROIL. Allí está... ¡Cuán bella! ¡Oh cielos!
¡Infeliz!... Apura, apura
el triste placer de verla,
pues que tu escasa fortuna
aun te niega tal placer,

comprado con tanta angustia.

INÉS. ¡Ay! (Dentro dando un grito.)

FLOR. ¡Inés! (Dentro.)

OROP. ¿Qué es eso? (Dentro.)

FROIL. ¡Cielos!
Me ha visto.

OROP. Todos acudan. (Dentro.)

FROIL. ¡Se ha desmayado!... ¡A tal punto
mi odiado aspecto la asusta!

S. EST. Más vale sacarla fuera. (Dentro.)

FROIL. Van á salir... no es cordura
quedarme... Huyamos. (Váse.)

ESCENA III

OROPESA, FLORENCIO, INÉS, MONTALTO, SAN ESTÉBAN, GRANDES, SEÑORAS, CONVIDADOS y CRIADOS

S. EST. Venid; (Saliendo el primero.)
esta atmósfera es más pura.

OROP. Traed un sillon vosotros.
(A los criados que salen con él.)
¡Pobrecita!

S. EST. ¡Qué importuna
congoja!

OROP. ¡Tan imprevista!

S. EST. ¡Fué como si viera alguna
fantasma!

CRIADO. Ya ha vuelto en sí. (Saliendo.)

OROP. Con todo, que la conduzcan
á esa sala... Abrid un poco
los balcones.

S. EST. ¡Qué diablura!
Cuando con tanto placer...

(Sale Inés sostenida por Florencio. Los acompañan varios caballeros y señoras. Los criados habrán acercado un sillon, en el que se hace sentar á Inés.)

FLOR. Ven, Inés.

INÉS. ¡Ay!

FLOR. ¿Qué te perturba?
INÉS. ¿Quién hay aquí?
OROP. No temais;
sólo amigos os circundan.
INÉS. ¡Ah!... Perdonadme, señor...
¡Qué vergüenza!... Por mi culpa
se ha interrumpido el banquete.
OROP. ¿Qué importa que se interrumpa?
Ya volveremos... Ahora
serenaos.—Voy en busca
de un espíritu que guardo
en mi bufete.
INÉS. Esa es suma
bondad... no... (Váse Oropesa.)

ESCENA IV

DICHOS, menos OROPESA

FLOR. Desecha, Inés,
el fiero terror que anubla
tu semblante.
INÉS. ¡Ay, Dios! Florencio,
siempre esa horrible figura
á mis ojos se presenta,
y más airada que nunca
hora aquí mismo pensé...
FLOR. Es delirio que perturba
tu imaginacion... ¿Qué temes?
¿No estoy contigo?... ¿No escuda
de todo un rey el favor
tu inocencia?... El que presuma
dañarte...
S. EST. Pero, ¿qué es eso?
¿Qué misterio?... Hablad, y luzca
aquí la verdad, que todos
prometemos nuestra ayuda...
(Se oye á lo lejos el sonido de timbales y clarines.)
MONT. Oid.

S. Est. ¿Qué será?
Mont. No acierto...
Flor. El pregon será sin duda.
S. Est. Sí... no me acordaba que hoy
el auto de fe se anuncia.

ESCENA V

DICHOS y OROPESA

Orop. Venid, señores, venid,
y á mirar desde el balcon
este solemne pregon
presurosos acudid.
Abre la marcha lucida
Manuel Ignacio Novalles,
ostentando por las calles
su vara negra y temida.
Con la suya caminar
se ve á Ondátegui á par de él,
que si es alguacil aquel,
este es primer familiar.
Sigue luego un escuadron
que casi á doscientos llega,
y allí sus galas despliega
tan vistosa procesion.
Familiares y notarios
con buen órden la componen;
á un tiempo agradan é imponen
todos con sus trajes varios.
Airosamente tocados,
sus leves plumas se agitan,
y ameno pensil imitan
tantos colores mezclados.
Son en sus trajes brillantes
lo más vil la seda y oro,
que cada cual un tesoro
lleva en soberbios diamantes.
Desairan la luz del dia

con sus vivos resplandores;
ni hay entre tantos primores
á quien dar la primacía.
Los ardientes alazanes
vereis airosos trotar,
orgullosos de llevar
unos dueños tan galanes;
y ellos tambien á su vez,
las gualdrapas arrastrando,
hacen sonar, relinchando,
la plata de su jaez.
El primoroso estandarte
se alza por fin de la fe,
donde si el oro se ve,
aun mucho más luce el arte.
Sus borlas llevan ufanos
Luis Ramon y Juan Romero,
porque este honor lisonjero
les toca por ser decanos.
Los acentos del clarin
el ronco timbal apoya,
y Lúcas Lopez de Moya
publica el pregon al fin.
Cada cual desde el balcon
escucha con santo celo,
y con el blanco pañuelo
saluda á la Inquisicion.

S. EST. ¿Quién gustoso no ha de ver
esa pompa?

OROP. ¿Cómo estais? (Acercándose á Inés.)

INÉS. Mejor.

OROP. ¿Nos acompañais?

INÉS. Perdonad... no puede ser...
que aun algo débil me siento.

OROP. Pues bien, quedaos... Tomad
este pomo y respirad
su esencia... Sólo un momento
nos separamos de vos.

INÉS. Mil gracias.

OROP. Venid, señores.
S. EST. Veamos esos primores.
FLOR. Id, pues, señores, con Dios.
(Vánse los caballeros y señoras.)

ESCENA VI

INÉS y FLORENCIO

INÉS. ¿Qué, no vas?
FLOR. No, vida mia.
INÉS. ¿Y por qué?
FLOR. ¿Te he de dejar?
INÉS. No, no te quieras privar
de esa diversion... Yo iria
si fuera que tú.
FLOR. Yo no,
que antes que todo es mi Inés.
INÉS. Si ya estoy buena... Vé, pues.
FLOR. Escucha, que ya empezó.
(Se oyen los timbales y clarines como tocando al lado de la casa. Paran, y una voz fuerte publica el pregon siguiente:)

PREGON. Sepan todos los vecinos de esta villa de Madrid que el Santo Oficio de la Inquisicion celebra auto público de fe, y que se les conceden las gracias é indulgencias por los Sumos Pontífices dadas á todos los que acompañaren y ayudaren á dicho auto. (Vuelven á tocar los timbales y clarines, y se van alejando.)

INÉS. Yo no sé qué horror secreto
en mí suscita esa voz.
¡Ay de mí! que al escucharla
el pecho se extremeció.
FLOR. ¿Qué es lo que dices, Inés?
¿Tú temer la Inquisicion?
¿Ese pregon te da miedo?
¡A tí, más pura que el sol!
INÉS. ¿No es verdad que no la debo

temer, no?

FLOR. ¿Quién tal pensó?

INÉS. Con todo... si sucediera...
si ese hombre odioso... ¡qué horror!

FLOR. Inés... alienta... Tu sitio
sus calabozos no son;
tu puesto se halla en el cielo,
junto al trono del Señor.

INÉS. ¡Dios mio!... ¡Dios mio!

FLOR. ¿Lloras?

INÉS. Estas lágrimas no son
por mí, no... ¿Cuál fuera entonces,
Florencio, tu pena atroz?

FLOR. ¿Qué escucho? Sólo te acuerdas
de mis penas... ¿y tú?

INÉS. ¿Yo?
No me espantan los suplicios,
me espanta el perderte.

FLOR. No,
no me perderás, lo juro,
lo juro... ¿Quién, vive Dios,
arrebatarte osaria
de mis brazos, á mi amor?
¿Tan fácil es á un amante
arrancarle el corazon?
Si hay alguno que lo intente,
espada tengo y valor.

INÉS. ¡Florencio!
(Deja caer su cabeza sobre el pecho de Florencio.)

FLOR. Inés... ven... reposa
aquí tu frente.

INÉS. A tu voz
tranquilizada, ya siento
disipado mi terror.

FLOR. Piensa sólo en ser dichosa.

INÉS. Amame siempre, y lo soy.

FLOR. ¡Amarte!... Aun despues de muerto,
que allí tambien hay amor.
(Señalando al cielo, y luego al foro.)

¿Ves aquella puerta?... Allí
está el altar... Ante Dios
dentro de breves instantes
ser tuyo juraré yo.
Juramentos, bien lo sé,
no ha menester mi pasion;
mas es tan pura esta llama
que nos abrasa á los dos,
tan bella, que bien merece
la contemple el Hacedor.

ESCENA VII

DICHOS, OROPESA, GRANDES y SEÑORAS

OROP. Inés, Florencio, alegraos.
Hoy vuestros amores gozan
de una dicha sin igual
que pocos vasallos logran.
El monarca, en cuyo nombre
soy padrino en estas bodas,
sus favores aumentando,
con su presencia las honra.

FLOR. ¿Qué dices?

OROP. Un gentil-hombre
el aviso acaba ahora
de traerme. La carrera
don Cárlos en su carroza
ha salido á recorrer,
y con su augusta persona
llena de esperanza al pueblo,
que al mirarle se alboroza.
Al pasar por esta casa,
cuyas cadenas pregonan
no ser la primera vez
que de tanto honor blasona,
intenta subir, y él mismo,
á este acto dando más pompa,
conduciros al altar

en la santa ceremonia.

INÉS. ¡Qué bondad! (Se oyen dentro vivas.)

OROP. Estos clamores
que el aire pueblan y asordan,
anuncian ya su llegada.
Salgo á recibirle. (Váse con los grandes.)

ESCENA VIII

INÉS, FLORENCIO y SEÑORAS

FLOR. Ahoga,
Inés mia, tus pesares.
De un hombre vil, ¿qué te importa
el impotente furor?
Mientras el Rey nos acoja
bajo su amparo, ¿qué puede
quien sólo existe á su sombra?

INÉS. Dices bien; en nuestra dicha
pensemos no más... Pues colma
el cielo nuestros deseos,
apuremos esta copa
de placer que nos presenta
con sonrisa cariñosa.
Gocemos mientras duraren
de felicidad las horas;
que si pasan, y algun dia
ser desgraciados nos toca,
cual bálsamo de consuelo,
nos quedará su memoria.

ESCENA IX

DICHOS, EL REY, OROPESA y GRANDES.—Sale el Rey acompañado de Oropesa y los grandes; Inés y Florencio doblan la rodilla y le besan la mano.

FLOR. ¡Señor!

REY. ¡Hijos mios!

INÉS. ¡Tanta
bondad!

REY. ¡Y bien! ¿Qué os asombra?
cumplo lo que os prometí;
vengo á presenciar las bodas.
Por fortuna, hace ya dias
que mi salud se recobra,
y puedo sin riesgo alguno
ir á respirar en otra
atmósfera que en el regio
alcázar que me aprisiona.
El doctor Parra además,
desde la escena espantosa
del conjuro, me aconseja,
para ahuyentar melancólicas
ideas, que los parajes
más agradables recorra,
y presencie escenas tiernas,
do la virtud venturosa
sólo sensaciones gratas,
sólo ternura provoca.

FLOR. A vos lo debemos todo.
Para quien dichosos forma,
¿qué espectáculo más dulce
que el mirar sus propias obras?

REY. Vos, Conde, no imagineis
que intento en la ceremonia
arrebataros un puesto
que gustoso...

OROP. Si era honra
para mí representar
vuestra sagrada persona,
el pisar vos esta casa
aun más honor me reporta.

REY. Guiad los novios al ara;
este deber siempre os toca,
que á ser mero espectador
yo sólo he venido ahora.

OROP. A estar para esta visita
prevenido, con la pompa
os recibiera, señor,

digna de...

REY. Así me acomoda.
Recorriendo la carrera
tuve esta idea... ¡Famosa
ha estado la cabalgata!
Mas no sé qué negras sombras
á oscurecer empezaron
mi vista... Sí... la memoria
del auto anterior (aunque hace
tantos años) no se borra
de mi mente... y pienso ver...

OROP. Fué aquella funcion grandiosa,
y si esta se le parece...

REY. Cuando mis primeras bodas
fué... bien me acuerdo... La hoguera
sirvió de nupcial antorcha, (Distraido.)
triste luciendo... A mi lado
se hallaba mi tierna esposa...
mi Luisa... y me suplicaba...
Mas no hubo perdon... Asombra
el número de las víctimas...
Las llamas devoradoras
á cincuenta consumieron.
¡Herejes!... ¿Quién los perdona?
Bien hecho fué... ¿no es verdad?

OROP. Sí... fué justicia notoria.

REY. ¡Ah! ¡ah! ¡Qué gestos hacian!
(Con risa sardónica, delirando.)
¡Qué gritos daban!... Sus bocas,
cubiertas de espumarajos,
proferian horrorosas
imprecaciones... ¡Impíos!...
¡Al brasero! ¡A la picota!

INÉS. Señor, olvidad tan tristes...

REY. (Asiéndola por el brazo.)
Treinta fueron en persona
quemados... veinte en efigie,
con sus huesos... que aunque esconda
la tierra al culpable, nunca

sus derechos abandona
la Inquisicion... A la muerte
su presa disputa ansiosa,
y hasta del féretro mismo,
si la halla en él, la recobra.

INÉS. ¡Qué horror!

REY. Pues mira... por eso
mis reinos todos me nombran
el vengador de la fe...
Mas, ¿qué digo?... Ahora.. ahora....
ya no lo soy... soy un réprobo...
Huid... huid. (Delirando enteramente.)

OROP. Le abandona
la razon.

REY. Tambien á mí
la Inquisicion sus antorchas
me prepara... No... apartad...
La frente que una corona
ciñe, no puede... Salgamos,
que sus verdugos me acosan.

OROP. Su acostumbrado delirio
le acomete.
(El Rey, discurriendo incierto por el teatro, vacila. Oropesa, Florencio, Inés y los grandes le sostienen y le hacen sentar.)
¡Oh, qué penosa
situacion! ¡Cielos! ¿Qué haremos?

FLOR. Al oir la voz sonora
de Inés, de tan triste estado
alguna vez se recobra.

INÉS. ¡Ah!... Sí... sí... traed un arpa,
que ya á cantar estoy pronta.
Mas, ¿qué cantaré?

FLOR. El romance
hecho para nuestras bodas.
(Traen un arpa. Inés la toca y canta. Al oir el preludio, el Rey, que estaba abatido, se recobra y se pone á escuchar embebecido, como si saliera de un profundo sueño.)

INÉS. (Canta.) Barquilla que sin recelo

en el mar de amor navegas,
boga, boga, que ya llegas
el ansiado puerto á ver.
Luce el sol de tu ventura,
la mar sonríe en bonanza,
y el viento de la esperanza
te lleva al dulce placer.

REY. ¡Inés!... ¿Eres tú?... No ceses;
mi alma al oirte recobra
su quietud, y en mil placeres
enajenada se goza.

INES. (Canta.) ¡Ay! no tardes; la inconstancia
teme de mar proceloso,
que en la tarde está furioso
cuando en calma amaneció.
Más de un barco sin ventura
probó su furor impío;
y en el áspero bajío
ante el puerto se estrelló.

(El Rey se levanta enajenado y se encamina hácia Inés.)

REY. ¡Oh Inés! De tu dulce voz
esa magia poderosa
es la que sólo consigue
mis penas y mis zozobras
mitigar, y algun consuelo
vierte en mi vida angustiosa.
El ángel eres, sin duda,
que el cielo me proporciona
en medio de tantos males
para sanarlos... Pues sola
puedes la salud volverme,
quédate á mi lado, pronta
siempre á calmar mis delirios
con canciones seductoras.

INÉS. Si tal consigo, señor,
yo me tendré por dichosa.

REY. Tiempo es ya que de himeneo
te dé la dulce corona,
premio de amor y virtud

que esperando estás ansiosa.
Si todo está preparado,
puede ya la ceremonia
principiar.

FLOR. Antes, señor,
esa mano bienhechora
permitid que con respeto
puedan besar nuestras bocas.

REY. Hijos, sí.

(Se arrodillan y besan la mano al Rey.)

Marchad, y el cielo
bendiga union tan preciosa.

ESCENA X

DICHOS, FROILÁN, UN COMISARIO DE LA INQUISICION, FAMILIARES, ALGUACILES y luego GUARDIAS

FLOR. Mis votos están cumplidos.

OROP. La mano, amigos, me dad.
Vamos. Abrid.

(Oropesa toma por la mano á Inés y Florencio, y se encaminan con ellos y los demás asistentes hácia el oratorio. A la voz «Abrid» se abre la puerta de la capilla y aparece en ella Froilán, acompañado de familiares y esbirros de la Inquisicion. Todos retroceden al verle, y él se avanza en medio, con aire lúgubre y funesto.)

FROIL. Esperad.

OROP. ¡Qué veo!

INÉS. Somos perdidos.

(Yendo á guarecerse en los brazos de Florencio.)

FLOR. ¡Froilán Díaz!... ¡Maldicion!

REY. ¿Qué es eso, Padre Froilán?
¿Qué intentais?... ¿Quiénes están
ahí con vos?

FROIL. La Inquisicion.

TODOS. ¡La Inquisicion!

OROP. Y en mi casa
el Santo Oficio, ¿qué quiere?

FROIL. Si su majestad nos diere
su vénia...

FLOR. ¡El furor me abrasa! (Aparte.)

REY. Cumplid con vuestro deber
si el Tribunal os envía;
¿Quién contrastar osaria
en mis reinos su poder?

FROIL. Comisario, ¿habeis oido?

COM. ¿Inés Gomez?
(Sacando un legajo de papeles y leyendo.)

REY. ¡Cómo!

FLOR. ¡Inés!

COM. ¿Se halla aquí?

OROP. Sí... esta es.

COM. ¿Vuestra edad?

INÉS. Aun no he cumplido
diez y ocho años.

COM. ¿Vivís
en la calle de Torija?

INÉS. Sí, señor.

COM. ¿Esta sortija
es vuestra?

INÉS. ¡Oh Dios!

COM. ¿Qué decís?

INÉS. Mia fué... tiempo hace ya
que en Alcalá la he perdido.

COM. ¿Habeis allí residido?

INÉS. Hasta un año escaso habrá.

COM. Pues vos sois la que buscamos.
De órden de la Inquisicion,
señora, daos á prision.

INÉS. ¿Yo?

REY. / OROP. ¡Cielos!

FLOR. ¡Inés!

FROIL. Sí.

COM. Vamos.

REY. ¡Inés! ¿Y por qué delito?

FROIL. Por hechicera.

TODOS. ¿Hechicera?
(Se apartan de Inés horrorizados.)
FLOR. Esa es calumnia grosera.
COM. En el proceso está escrito.
REY. Padre Froilán, ¿es verdad?
FROIL. Extremeceos, señor;
objeto de su furor
es...
REY. ¿Quién?
FROIL. ¡Vuestra majestad!
OROP. ¡El Rey!
REY. ¡Yo!
FLOR. ¡Mentís!
INÉS. ¡Aleve!
FROIL. Lo declara el Santo Oficio;
vuestro horrible maleficio
á sus hechizos se debe.
REY. ¡Qué horror!
INÉS. ¿Lo creereis? (Al Rey.)
REY. Aparta.
FLOR. Mentís, os vuelvo á decir. (A Froilán.)
INÉS. ¡Florencio!
FLOR. ¿Y he de sufrir
que así se atreva á acusarte?
No, no será, ¡vive Dios!
La verdad descubriré,
y aquí mismo arrancaré
el disfraz que os cubre á vos. (A Froilán.)
FROIL. ¿A mí?
FLOR. A vos, mal religioso.
Sabed que á Inés ha querido (Al Rey.)
seducir... no lo ha podido,
y así se venga alevoso.
OROP. ¿Qué dice?
REY. ¡Infame!
FROIL. Dejadle,
señor. ¿No veis que delira?
Su ciega pasion le inspira;
no es extraño... perdonadle.

FLOR. ¡Hipócrita vil!
REY. ¿A un santo
te atreves á calumniar?
INÉS. Señor...
REY. Quita tú... Mirar
no te puedo sin espanto.
¿Así mis bondades pagas,
sierpe astuta, que á traicion
me muerdes el corazon
cuando pérfida me halagas!
¡Qué extraño que mis delirios
con tus cantos disipases,
si antes con mágicas frases
tú labraste mis martirios!
¡Suerte, cuál es tu rigor,
pues cuanto en la tierra amé,
otro tanto al fin hallé
ingrato, falso y traidor!
Prueba, pues, mi justo encono,
mujer digna de castigo;
aparta, yo te maldigo
y á tus jueces te abandono.
INÉS. Por Dios, señor, desechad
acusacion tan horrible;
¿no advertís que es imposible
en mí tal perversidad?
A mis años no se aprenden
esas artes infernales;
sólo de amor y sus males
tan tiernos años entienden.
Amar mi existencia ha sido;
amé cuanto conocí,
á todos amé... mentí,
uno es de mí aborrecido.
Uno, y si le conocieran,
todo el universo, vos,
y hasta de bondad el Dios,
como yo le aborrecieran.
Mas el hipócrita odioso

con falsa virtud engaña,
y con implacable saña
de mí se venga alevoso.
Vedme á vuestros piés, señor...
¡Piedad!... ¿Mas os alejais?
¿De mí la vista apartais?
¡Oh injusto y cruel rigor!
(A los grandes, que tambien se apartan y vuelven la cabeza.) Y vosotros, caballeros,
os lo pide una mujer,
¡ah! venidme á defender
de mis enemigos fieros.
Venid... ¿Qué miro?... ¿Tambien
huís de mí horrorizados?
¿Qué es esto?... ¡Crueles hados!
¿A quién dirigirme, á quién?
¿A dónde encontraré yo
un sér que por mí interceda,
uno que salvarme pueda?
¿A dónde, á dónde?
(Corriendo incierta por el teatro, se encuentra con Froilán, que se acerca á ella como ofreciéndose, y dando á entender con su accion que él puede salvarla; ella retrocede horrorizada, y con desprecio dice:)
¿Vos?... No.

FROIL. Ministros del Tribunal, (Con furor.)
¿por qué tardais en llevarla?
(Los esbirros se acercan para prenderla. Florencio furioso saca la espada y se coloca delante de Inés, amenazando á los alguaciles, que se detienen.)

FLOR. Si alguien se atreve á tocarla
llegó su instante fatal.

INÉS. ¿Qué haces?
(Se abalanza al brazo de Florencio y le contiene con fuerza.)

REY. ¡Osado!

OROP. ¡Imprudente!
(Se abalanza tambien para detener á Florencio.)

COM. ¡Favor á la Inquisicion!

REY. ¡Hola, guardias!
FLOR. ¡Maldicion!
¿Tú enfrenas mi rabia? (A Inés.)
INÉS. Tente.
OROP. Mira que vas á labrar
tu perdicion.
REY. ¡Qué insolencia,
atreverse en mi presencia
el acero á desnudar!
Prendedle.
(Los guardias que habrán llegado y los esbirros se abalanzan á Florencio, que detenido por Inés y Oropesa, no puede defenderse. Sin embargo, forcejea y se resiste entre todos.)
INÉS. ¡Cielos!
FLOR. ¡Malvados!
¡Todos juntos! Uno á uno
venid... no temo á ninguno...
quedareis escarmentados.
¿Y no la osais defender, (A los grandes.)
caballeros?... Dije mal:
¡caballeros!... no lo es tal
quien no ampara á una mujer.
Andad... ¡Y en vosotros arde
de mil héroes el valor!
Mentira, pues al temor
doblais la frente cobarde.
La Inquisicion, me direis;
la Inquisicion os da susto...
¡Y ante un tribunal injusto
siempre siervos temblareis!
Esos nobles infanzones
que conquistaron el mundo,
á los piés de un fraile inmundo
ahora humillan sus blasones.
¡Oh mengua! ¡Oh torpe baldon!
¿Cómo España ha de ser grande,
si consiente que la mande
quien la imprime tal borron?

Maldito mil veces sea
ese Tribunal odioso,
que siempre de sangre ansioso,
sólo suplicios desea;
que pretendiendo vengar
del cielo la causa santa,
la ofende, y al orbe espanta
á fuerza de asesinar.
¡Y ministro entre furores
de la religion se dice!
La religion le maldice
y detesta sus horrores.

INÉS. ¡Ah!... Calla, por Dios.

REY. ¡Blasfemo!
¡Y te he podido escuchar!
¡Y osaste ante mí llevar
tu furor á tanto extremo!
¡Ah!... Salgamos de aquí luego,
pues cuanto esta casa encierra,
temo lo trague la tierra
ó abrase el celeste fuego.
Padre Froilán, pues de Dios
teneis la espada en la mano,
no haya perdon á su insano
delito, y mueran los dos. (Váse horrorizado.)

FROIL. A las mazmorras llevadlos.

INÉS. ¿Qué has hecho? (A Florencio.)

FLOR. Si has de morir,
tu suerte quiero sufrir.

INÉS. ¡Florencio!

FLOR. ¡Inés! (Se abrazan.)

FROIL. Separadlos.

(Los esbirros los apartan á la fuerza y se los llevan.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

El teatro representa un calabozo de la Inquisicion

ESCENA PRIMERA

INÉS y CARCELERO

CARC. Vuestros ruegos me importunan;
callad, señora, callad.

INÉS. En vano con torvo ceño
mostrais severa la faz;
lo conozco, mi desgracia
os duele, á vuestro pesar,
y lágrimas de ternura
os miro vertiendo ya.

CARC. ¿Yo, señora?... ¿Yo?... Mentira.
¡Voto á Dios!... ¿Imaginais
que para ser compasivo
me tiene aquí el Tribunal?
No es ese mi oficio, no;
mi oficio es sólo escuchar
los lamentos, y dormirme
de su sonido al compás;
es ver males, y reir;
ver suplicios, y gozar.
Yo tengo este corazon
aun más duro que el metal
con que forjados los grillos
de estas mazmorras están.
Ni una lágrima en mi vida
se me ha visto derramar.

INÉS. ¿Pues qué es esto? (Pasándole la mano por los ojos.)
CARC. Esto es tan sólo...
brujería... ¡voto á tal!
Brujería... sí, señora;
por hechicera aquí estais,
y es el hechizo mayor
el hacerme á mí llorar.
INÉS. Mi juventud, mi inocencia
son mis hechizos no más;
miradme bien, y decidme
si puedo ser criminal.
CARC. Yo en eso nunca me meto,
que esas son cuentas allá
del Tribunal... Todos dicen
siempre lo mismo... Es verdad
que como vos, lo confieso,
jamás he visto, jamás...
INÉS. Pues bien, tened por lo mismo
algun poco de piedad.
CARC. ¡Piedad!... Ya tengo bastante;
mejor no os puedo tratar.
INÉS. Es cierto, y agradecida...
pero, ¿por qué me negais
el solo favor que?...
CARC. ¡Diablo!
¡No es nada el favor!... ¡Pues ya!
Si lo supieran... bonita
se armaria... ¡Sí... dejar
que comuniquen dos presos!
INÉS. Un minuto nada más.
CARC. Ni medio.
INÉS. Es mi esposo.
CARC. ¿Y qué?
Por lo mismo.
INÉS. ¿Quién sabrá?...
CARC. Mi conciencia.
INÉS. ¿La teneis
en dejarme así penar?
¡Ah! ¡Tantos dias sin verle!

¡Infeliz! ¡Cuál sufrirá!
¿Teneis mujer? ¿Teneis hijos?

CARC. Sí tengo.

INÉS. Pues bien, pensad
cuál vuestro dolor seria
si de ellos á separar
os llegasen!... Un momento,
un momento, por piedad.
Dentro de poco... mañana
tal vez se ejecutará
la sentencia. A separarnos
va toda una eternidad;
permitid que para siempre
un adios le pueda dar.

CARC. ¡Vamos! Si digo yo bien
que es brujería.—Vendrá
conmigo aquí... Mas silencio;
si lo saben...

INÉS. Descuidad.
Mi gratitud será eterna.
¿Qué digo? Corta será.
Mi gratitud, mi silencio
breve término hallarán
en la muerte.

CARC. ¡Pobrecita!
Me voy... no quiero llorar.

ESCENA II

DICHOS y FROILÁN.—Al llegar el Carcelero á la puerta sale Froilán.

INÉS. Al fin le daré siquiera
el último adios.

CARC. ¿Quién va?
Alto ahí... ¿Quién es?

FROIL. Silencio.

CARC. ¡Ah! ¿Sois vos, Padre Froilán?

INÉS. ¡Froilán!... ¡Oh cielos!... ¡Que libre
ni aun aquí me ha de dejar!

FROIL. Márchate... dejadnos solos.
Nadie entre aquí.
CARC. Bien está. (Váse.)

ESCENA III

INÉS y FROILÁN

FROIL. ¡Héla allí... cuál está!
INÉS. ¿Con mis tormentos
venís, hombre cruel, á recrearos?
¿O bastantes no son que ansiais, inícuo,
con vuestro odioso aspecto acrecentarlos?
FROIL. ¡Desdichada!... Mis iras no provoques
cuando ya sólo aquí piadoso bajo.
INÉS. ¡Piadoso vos!
FROIL. ¿Lo dudas?
INÉS. ¿Yo?... Miradme,
miradme y responded.
FROIL. ¡Ah! Sí... me espanto
de mi propia maldad... Yo soy un mónstruo.
Perdona, Inés.
INÉS. ¡Perdon!
FROIL. Tus males causo,
infeliz, y una lágrima que viertas
cae pesada aquí, y hace pedazos
mi triste corazon.
INÉS. Mentís.
FROIL. ¡Me culpas!
Culpa sólo el amor en que me abraso.
INÉS. ¡Amor horrible!
FROIL. Sí... como tú misma,
yo me horrorizo de él.. Amor infausto
que aborrezco y maldigo... Un tiempo fuera
que dichoso viví, sólo buscando
ya de envidiada ciencia el gran tesoro,
ya de fama inmortal el noble lauro.
Te ví... todo cesó.—Díme: ¿qué hiciste
que en otro sér así me has trasformado?

Estas fieras pasiones que aquí dentro
luchan embravecidas y al nefando
crímen me arrastran, ¿do se hallaban? ¿Cómo
á tu solo mirar en mí estallaron?
¿Y cuál es tu poder que desde el cielo
á la region precita me has echado?
Luché... me resistí... tú no lo ignoras.
¡Inútil batallar! Sólo combato
para ser más vencido... Presa horrible
de algun genio maléfico encargado
de mi condenacion, ya abierto miro
el infierno á mis piés, y en él me lanzo.

INÉS. ¡Ah, me dais compasion!... Si á tanto precio
venganza he de encontrar, yo la rechazo.

FROIL. ¿Quéoigo? ¡Oh ventura! ¿Conque al fin ya pudo
una voz de piedad mover tus labios?

INÉS. ¿Soy cruel como vos?

FROIL. ¡Ah! Tú no sabes
qué atroz, qué horrible la existencia arrastro.
Los males que tú sufres, yo los sufro
más crueles mil veces, más amargos,
que en la inocencia tú consuelo encuentras,
nuevo verdugo con el crímen hallo.

INÉS. Sed piadoso una vez... Romped mis hierros,
y entonces juro...

FROIL. ¿Qué?

INÉS. Juro no odiaros.

FROIL. ¿Eso no más?... Escucha: yo tan sólo
te puedo libertar; lo quiero, lo ansío,
y á ejecutarlo vengo.

INÉS. ¡Ay! ¿Es posible?

FROIL. Sí; mas de este favor un premio aguardo.

INÉS. ¿Cuál?

FROIL. ¿Lo debo decir?

INÉS. Entiendo... nunca.

FROIL. ¿Nunca?... Piénsalo bien.

INÉS. Ya lo he pensado.

FROIL. ¡Siempre otro afecto tu razon ofusca!

INÉS. ¡Y siempre vos me estais atormentando!

FROIL. De un amante vulgar, díme, ¿qué esperas?
Sólo inconstancia, olvido, eterno llanto
é indeleble baldon; vil instrumento
de algunos dias de placer, acaso
para él serias, y cual mueble inútil,
logrado el torpe fin, luego arrojado.

INÉS. ¡Oh! (Con horror.)

FROIL. ¡Cuál otro es mi amor! A par que ardiente,
firme le probarás; sí, cuando te amo
es por la vida; por la vida juro
á tus plantas estar rendido, esclavo.
¿Qué no haré yo por tí? ¿Quieres riquezas?
Habla, y tantas tendrás, que en lujo, en fausto
te envidien esas damas que orgullosas
ostentan su beldad en los palacios?
¿Quieres gozar placeres? Los placeres
te seguirán do quier...

INÉS. Ea, apartaos;
huid lejos de mí... Vuestras ofertas
horror me causan, y os cansais en vano.
¿Veis este calabozo oscuro, horrendo,
de suplicios mansion, del hombre espanto?
Otra estancia buscad más pavorosa,
tormentos inventad aun más extraños,
cielo, delicias para mí serian
si al vivir con tal mónstruo los comparo.
¿Qué más? La muerte que me espera es dulce
si me libra de vos.

FROIL. ¿Qué has pronunciado?
¡La muerte!... Díme: ¿por ventura sabes
la muerte que va á ser? ¿Piensas acaso
que es un morir comun, de esos que suelen
repentinos herir, llegar callando,
que de esta vida al perdurable sueño
nos lleva sin sentir como al descanso?
No, no, que es un morir atroz, horrible,
que lento y doloroso va llegando;
que todo nuestro sér destroza y hace,
para sufrir aun más, sufrir despacio.

INES. Callad... ¡qué horror!

FROIL. Es el suplicio mismo
que el cielo en sus venganzas ha inventado;
el mismo, sí, que en el profundo averno
los que Dios reprobó sufren rabiando.

INÉS. Pues bien, los sufriré... cortos instantes...
y por ellos despues la gloria aguardo.
Mas vos tambien los sufrireis, y toda,
toda una eternidad será, malvado.

FROIL. ¡Horrible eternidad!... Mas yo la acepto
por un instante de tu amor en cambio.
Amame, y todo lo demás es nada,
y sólo al recordar que me has amado,
de tanta dicha circundarme puede,
que el infierno tormentos busque en vano.
Tus odios temo nada más; por ellos
soy cruel cual me ves, y soy culpado.
Sálvame, por piedad, de este delirio;
sálvate á tí de mi furor insano.
A tus plantas postrado te lo ruego,
(Se arroja al suelo.)
sí; yo las baño con acerbo llanto.
Ten de mí compasion y de tí misma,
mira que juntos nos perdemos ambos.

INÉS. Alzad. ¿Qué es lo que haceis? ¡Cómo! ¡El verdugo
á los piés de la víctima!... ¿Es escarnio?
¿Es delirio?... ¡Mas no... castigo es sólo
del cielo vengador... en tal estado
yo triunfo, y vos la criminosa frente
en el polvo ocultais! ¡Digno salario
debido á la maldad! Alzad os digo;
donde no os vuelva á ver id, ocultaos;
dejadme á mí morir, que de mi muerte
ya en vuestro corazon llevais el pago.

FROIL. ¿Sí?... Ya te dejo... Adios... Pues tú lo quieres,
sea... tú morirás... Mas si has pensado
que sola has de morir, te engañas, necia,
que otro tambien te seguirá al cadalso.

INÉS. ¡Ay!... ¿Quién?

FROIL. ¿No lo adivinas?
INÉS. ¡Dios! ¿Florencio?
FROIL. Ese mismo.
INÉS. ¡Piedad!
FROIL. ¡Venganza!... Entrambos,
entrambos morireis.
INÉS. ¡Ah! ¡Que esa herida
hasta el fondo del pecho me ha llegado!
¡Florencio!
FROIL. No le llames, no, que pronto
le volverás á ver.
INÉS. ¿Sí?... ¿Dónde?... ¿Cuándo?
FROIL. ¿Dónde? En la hoguera.
INÉS. ¡Compasion!
FROIL. En ella
la interrumpida union podreis ufanos
por siempre renovar... Fieles amantes,
ese lecho nupcial, ese os preparo. (Váse.)

ESCENA IV

INÉS

INÉS. ¡Ah!... ¿No basta á tu furor
que en mí tu venganza cebes?
¡A hundir el puñal te atreves
en la prenda de mi amor!
Sin desmayar, sin temor
oí mi cruda sentencia;
á su bárbara violencia
serena entregarme espero,
mas para golpe tan fiero
no tengo, no, resistencia.
¡Dios mio! mírame aquí
humillada en tu presencia;
¡ay! yo imploro tu clemencia,
mas no la imploro por mí.
Si alguna vez te ofendí
sufra yo sola el castigo;
tu cólera yo bendigo
si á mí solamente alcanza,

pero es sobrada venganza
perder á mi bien conmigo.
Mi destino aparecer
fué en el mundo un solo instante,
y unir, cual rosa fragante,
el morir con el nacer.
Ve la tarde perecer
flor que la aurora vió abrir;
y en tan rápido existir,
esta corta y triste vida
sólo me fué concedida
¡ay! para amar y sufrir.
Florencio, dueño adorado,
yo soy, yo, quien te asesino;
fatal te fué mi destino;
¿por qué, por qué me has amado?
Te prometí, desdichado,
suerte de amor placentera;
te engañé; sólo te diera,
en premio de tu pasion,
por palacio una prision,
y por tálamo una hoguera.
Perdona, mi bien, perdona,
y no culpes á mi amor;
son mi desdicha mayor
los males que te ocasiona.
Otro premio, otra corona
te quise yo reservar;
mas si no logró alcanzar
tamaño bien nuestro anhelo,
no importa, que allí en el cielo
aun nos podremos amar.

ESCENA V

INÉS, FLORENCIO y EL CARCELERO

CARC. Venid... allí está. (A Florencio.)
INÉS. ¡Florencio!
FLOR. ¡Inés... ¡Y te vuelvo á ver! (Se abrazan.)

INÉS. ¡Ah! ¡Fallezco de placer!
FLOR. ¡Dueño adorado!
CARC. Silencio.
Hablar bajo es menester.
FLOR. Contenerme no me es dado...
CARC. Pues volved á la prision.
INÉS. ¡Arrancarle de mi lado!
Primero me hareis, malvado,
pedazos el corazon.
CARC. ¡Buena la hicimos por cierto!
¡Y tened luego piedad!
Reniego de mi bondad.
(El carcelero se va, dejando solos á Inés y Florencio.)
FLOR. ¿Estoy dormido ó despierto?
¿Es ilusion? ¿Es verdad?
¡Inés, Inés en mis brazos!
INÉS. Sí; mírame junto á tí.
Ven, y estrechemos aquí
tan dulces y tiernos lazos.
Ven, ven más cerca de mí.
FLOR. Deja que de esa mirada
me abrase el suave ardor;
deja que aspire el olor
de tu boca perfumada,
y más me embriague de amor;
deja contemple otra vez
esa divina hermosura,
que aunque tanta lobreguez
ocultármela procura,
puede más su brillantez.
En vano el dolor pretende
tan bella flor marchitar,
que en el que bien sabe amar
aun más su pasion enciende
la hermosura del pesar.
Llega, llega, Inés, y pon
tu mano en el corazon;
¿ves cuál late enamorado?
Pues de hacerlo no ha dejado

por tí en tan larga prision.

INÉS. Esa confianza, mi bien,
en medio la pena mia,
fué de mi vida el sostén;
si pienso en él, me decia,
él en mí piensa tambien;
si sufro yo por sus males,
él por los mios padece;
ó más bien, en penas tales,
amor, consuelos iguales
benigno á los dos ofrece.
Esta prision horrorosa
do paso tan tristes dias,
la imaginé, ¿lo creerias?
tal vez mansion deliciosa,
porque en ella tú vivias.
En sus muros denegridos
viérasme siempre aplicar
con triste afan los oidos,
por sí lograba escuchar
tus ayes y tus gemidos.
Mil veces yo les conté
mi pasion, mi pena fiera,
porque en mi vana quimera
la dura piedra pensé
repetírtelas pudiera.
Otros dias más serenos
no le pedia tu Inés
al cielo de gozo llenos
sino una vez á lo menos
mirarte, y morir despues.

FLOR. ¡Tú morir, tú, vida mia!
¡Oh, qué pensamiento atroz!
¿Quién sentenciarte osaria?
¿Dónde está el hombre feroz
que asesinarte podria?
Mas, ¿qué digo? ¿Por ventura
á donde me encuentro olvido?
Jamás aquí la impostura

en su rabia ha conocido
ni juventud ni hermosura.
Cuando es mayor la inocencia,
más su víctima reclama;
ya dictó nuestra sentencia,
y sólo en la ardiente llama,
allí hallaremos clemencia.

INÉS. Ya la dictó; si dudar
un solo instante pudiera,
no faltó con rabia fiera
quien, por sólo atormentar,
á anunciármela viniera.

FLOR. ¿Quién?

INÉS. ¿Lo ignoras?

FLOR. ¡Hombre odioso!

INÉS. Habrá muy cortos instantes
que aquí se hallaba furioso.

FLOR. ¿Qué dices? ¡Dios poderoso!
¡Y no pude llegar antes!

INÉS. Aquí de su impuro amor
osó pintarme el ardor,
y aun con fiera complacencia,
de mi suplicio el horror,
por vencer mi resistencia.
¡Vencerme! ¡Vanos intentos!
No, mi flaqueza no es tanta;
para sufrir tengo alientos;
mucho más que los tormentos
su odiosa pasion me espanta.

FLOR. ¡Oh valerosa mujer!
Tú alientas mi pecho amante,
mas si víctima has de ser,
no tengo valor bastante
para verte padecer.
En una hoguera fatal...
¡Oh cielos! ¡Yo me extremezco!
No, mujer angelical,
no será; librarte ofrezco
de ese suplicio infernal.

INÉS. ¡Cómo!... ¿Tú?
FLOR. ¿Tendrás valor?
INÉS. ¿Pudiera faltarme al verte?
FLOR. Mira que en tanto dolor
último don de mi amor
será tan sólo la muerte.
INÉS. Yo con placer la recibo
de tí, por quien solo vivo.
FLOR. Este anillo que aquí ves,
en sus entrañas, Inés,
encierra un veneno activo.
INÉS. Dámelo luego... Morir
mi aciago destino es ya;
pero al dejar de existir,
al menos el no sufrir
tu esposa te deberá.
FLOR. Sí, mi Inés, y mil delicias
aun al morir probaremos;
hasta espirar nos veremos,
y entre amorosas caricias
abrazados moriremos.
Mis labios recogerán
ansiosos tu último aliento
cuando el mio exhalarán,
y unidas, al firmamento
nuestras almas subirán.
Vengan despues los malvados
de mil suplicios armados,
y en su derecho imponente,
en restos inanimados
ejerzan su saña ardiente.
Al ver burlado su anhelo
temblarán, sí, de furor,
y nosotros sin recelo
gozaremos desde el cielo
de su rabioso dolor.
INÉS. Dáme el veneno... ¿Qué tardas?
Tal vez la ocasion perdemos
si sólo un instante aguardas.

FLOR. Pues primero yo...
(Saca el anillo del dedo, lo abre y lo aplica á los labios. En este instante Inés, como herida de otra idea, le detiene, asiéndole el brazo.)

INÉS. ¿Qué hacemos?
No... detente.

FLOR. ¿Te acobardas?

INÉS. ¿Yo acobardarme?... Jamás;
no es el temor de la muerte,
es el temor de perderte.

FLOR. ¡Ah! Siempre me perderás,
que así lo manda la suerte.

INÉS. En este mundo de horror,
mas reunirnos debemos
en otro mundo mejor,
y amarnos allí podremos
con puro y eterno amor.
Esta halagüeña esperanza
me da en mis males aliento;
pero, ¡ay! el celeste asiento
sólo la virtud le alcanza,
y es criminal nuestro intento.
Suframos, mi bien, suframos;
¿qué importa una hora sufrir
si siempre puros quedamos
y así felices logramos
al trono de Dios subir?
¿Temes falte resistencia
á esta mujer á quien amas?
No, que al sufrir mi sentencia,
me verás en tu presencia
sonreir entre las llamas.
Fija los ojos en mí,
que sin dejar de mirarte,
tú me escucharás allí
con firme voz darte el sí
que en el altar debí darte.
De los hombres á despecho,
templo la hoguera será,

ó de rosas blando lecho,
donde al fin en lazo estrecho
nuestra union se cumplirá,
y en vez de que al espirar
nuestros amores se acaben,
se verán acrecentar
de cuanto los cielos saben
más que los hombres amar.

FLOR. ¡Oh Dios!... ¿Y es una mujer
quien con tal valor se explica?
No, no; que en tí pienso ver
un ángel que purifica
con su hablar todo mi sér.
Al escucharte ya siento
centuplicado mi aliento;
vengan los suplicios, pues,
que para mí no hay tormento
si me hallo á tu lado, Inés.
Este veneno aliviara
nuestro sufrir, es verdad,
mas por siempre nos separa,
y el suplicio nos prepara
de union una eternidad.
Pues bien, no lo necesito;
ya mi mano lo arrojó; (Arroja el anillo.)
dígase que nos mató
de los hombres el delito,
mas nuestro delito no.

INÉS. Ahora, Florencio, eres mio
por siempre, por siempre, sí.
¿No te sientes otro, dí?
¿No te parece tardío
el suplicio como á mí?
¡Y pensaban separarnos
los viles! ¡Qué necios son!
Con su dañada intencion
logran sólo prepararnos
más firme y eterna union. (Sale el carcelero.)

CARC. Amiguito, luego, luego

á vuestro encierro venid.

FLOR. Un instante más os ruego.

CARC. No puede ser, que en Madrid
de sedicion arde el fuego.

FLOR. ¿Qué decís?

CARC. Una asonada
ha estallado de repente.
A voces pide la gente
ver la cabeza cortada
de Oropesa el Presidente.
Alborotados están
los chulos, porque hace dias
que en la corte falta el pan.

FLOR. Del francés más bien serán
traiciones y villanías.

CARC. Yo no lo sé, ni me importa.
Basta de conversacion.

INÉS. ¡Basta, y ha sido tan corta!

CARC. Pues me gusta la aprension.
¿Quién vuestra charla soporta?
Nunca se cansan de hablar
los maldecidos amantes.

FLOR. Aguardad pocos instantes.

CARC. Ni un minuto; ya marchar
os debeis antes con antes.
¿Me quereis comprometer?

FLOR. Eso no.

CARC. Pues bien, venid.

INÉS. Otra vez nos permitid
que nos volvamos á ver.

CARC. Bueno... sí... pero salid
ahora.

FLOR. No puede ser.

CARC. ¡Qué pesadez!... Ea, vamos. (Se lo lleva.)

INÉS. ¡Dueño mio! (Corriendo hácia él.)

CARC. ¡Tambien vos!

FLOR. Abrázame. (A Inés.)

CARC. ¡Voto á brios!

INÉS. ¡Ah! ¡Mi bien!

CARC. Buenos estamos.
Venid, pues.
(Se pone entre los dos y los separa.)
INÉS. Adios.
FLOR. Adios.

ESCENA VI

La escena cambia á la vista y representa una plaza. En el foro está el palacio del Conde de Oropesa. A los lados se ven el despacho de un tahonero, la tienda de un armero y una taberna. Multitud de gentes están amontonadas delante de la tahona esperando su turno para alcanzar pan; grande agitacion entre ellas, con muestras de impaciencia y de cólera; unas á otras se procuran quitar el puesto, empujándose y gritando.

HOMBRES y MUJERES DEL PUEBLO, EL TREMENDO, DOS AGENTES DE MOTIN, UN CRIADO DEL CONDE DE OROPESA, UN TAHONERO, UN ARMERO, UN TABERNERO, MUCHACHOS y UN ALGUACIL.—Todos estos personajes salen y entran conforme lo va marcando el diálogo.

HOMB. 1.° Venga una hogaza.
MUJ. 1.ª Dos panes.
HOMB. 2.° Despache usted.
TAHON. Yo no puedo
dar á todos á la vez.
HOMB. 1.° Hace tres horas que espero.
MUJ. 1.ª Yo más de cinco.
TAHON. Tomad.
(Da á los dos primeros.)
HOMB. 2.° A mí.
MUJ. 2.ª A mí.
TAHON. Cachaza.
HOMB. 3.° Quedo.
(Los dos que han tomado pan hacen esfuerzos para salir.)
No hay que empujar.
HOMB. 2.° Atrás.
(Quiere pasar por entre los demás.)
MUJ. 2.ª ¡Bruto!
Me ha dado un golpe en el pecho.

VARIOS. ¡Fuera! ¡Fuera!

(Se arremolinan todos, y echan fuera del corro al Hombre 2.° Sale un muchacho con pan de entre la gente.)

MUCH. 1.° Ya pesqué.

HOMB. 2.° ¿Tú?... Dámelo.

MUCH. 1.° ¡Pues!... No quiero.

HOMB. 2.° Lo has robado.

MUCH. 1.° ¿Yo?

HOMB. 2.° Tunante.

(Le quiere quitar el pan.)

MUCH. 1.° ¡Favor! ¡Favor!

HOMB. 3.° Cepos quedos,
tio Remellado. (Se pone entre los dos.)

HOMB. 2.° Si es que...

HOMB. 3.° ¡He!... Deje á ese chico quieto.

(Le da un empujon que le hace casi caer.)

HOMB. 2.° ¡Haya bárbaro!

HOMB. 3.° Aquí nadie
es más que nadie... A su puesto,
y á quien se la diere Dios,
bendígasela San Pedro.

(Salen los dos Agentes del motin, y se quedan á un lado hablando, mientras los del pueblo siguen empujándose unos á otros delante de la tahona.)

AGENT. 1.° Mirad otro corro aquí.

AGENT. 2.° Esto va tomando cuerpo.

AGENT. 1.° La mina reventará.

AGENT. 2.° No hay más que aplicar el fuego.

AGENT. 1.° Al fin se saldrá el francés
con la suya.

AGENT. 2.° Así lo creo.

AGENT. 1.° Quedad vos en este sitio;
yo hago falta en otro.

AGENT. 2.° Bueno.
¿El santo?

AGENT. 1.° Borbon y España.

AGENT. 2.° ¿La reunion?

AGENT. 1.° Los consejos.

AGENT. 2.° ¿El grito?

AGENT. 1.° Muera Oropesa.
AGENT. 2.° ¿Y viva el Rey?
AGENT. 1.° Por supuesto.
(Váse el Agente 1.°)
TAHON. Ya no hay más.
VARIOS. ¡Cómo!... ¿Y nosotros?
TAHON. Mañana.
TODOS. ¡Mañana! ¡Perro!
(El Tahonero cierra la ventanilla.)
HOMB. 2.° ¡Y ha cerrado!
VARIOS. Apedrearle
la casa.
TODOS. Sí.
HOMB. 3.° Allá va eso. (Tira una piedra.)
VARIOS. ¡Pícaro! ¡Ladron!... ¡Judío!
(Tirando piedras á la casa.)
MUCH. 2.° Rompíle un vidrio.
MUJ. 2.ª Bien hecho.
HOMB. 1.° Será preciso colgarle
del balcon.
MUJ. 2.ª Para escarmiento
de sus iguales.
TODOS. Sí, vamos.
(Se abalanzan á la puerta. Sale un Alguacil, y se coloca entre ellos, deteniéndolos.)
ALG. ¡Hola! ¿Qué gritos son estos?
¡A la cárcel! ¡A la cárcel!
MUJ. 1.ª Fuera de aquí el estafermo.
ALG. ¡Yo estafermo!... ¡A la galera!
MUJ. 1.ª ¿A quién? ¿A mí? Ya lo veo.
ALG. Yo haré...
VARIOS. ¡Matarle!
OTROS. ¡Matarle!
ALG. ¡Favor al Rey! (Echa á correr.)
AGENT. 2.° Deteneos.
No un despreciable alguacil,
no un mísero tahonero,
de nuestro justo furor
hoy debe ser el objeto.

Los que causan nuestros males,
esos castigar debemos;
los viles cuya codicia
con la miseria del pueblo
trafican, y llenan sus cofres
quitándonos el sustento;
los que engañando al monarca...

TODOS. Tiene razon; esos, esos.

AGENT. 2.° Diez años há que Oropesa
abusa del sufrimiento
de esta nacion; ¿hasta cuándo
nos ha de tener opresos?

VARIOS. ¡Qué muera Oropesa!

TODOS. ¡Muera!

VARIOS. Es preciso le arrastremos.

TODOS. A su casa.

AGENT. 2.° Vedla allí.

HOMB. 3.° ¡Qué palacio tan soberbio!

HOMB. 2.° Es el sudor de los pobres.

VARIOS. ¡Asaltarla!

OTROS. ¡A darle fuego!

VOCES DENTRO. ¡Muera Oropesa!

VARIOS. ¿Qué voces?...

VOCES DENTRO. ¡Muera! ¡Muera!

HOMB. 3.° Es el Tremendo
que viene aquí con su gente
de los barrios.

HOMB. 1.° Buen refuerzo.
Ya tenemos jefe.

TODOS. ¡Viva!
¡Viva el guapo!

(Sale el Tremendo con una turba de hombres, mujeres y muchachos, armados de palos, espadas, lanzas, mosquetes, escudos y toda clase de armas.)

TREM. Compañeros,
esa es la casa.—Vosotros,
¿por quién estais?

VARIOS. Somos vuestros.

TREM. ¿Pues qué haceis ahí sin armas?

HOMB. 3.° ¿Qué armas?... Si no las tenemos.
TREM. ¿Eso, cobardes, decís,
habiendo en Madrid armeros?
Ahí teneis uno.
HOMB. 1.° Es verdad;
no está mal pensado.
VARIOS. Entremos.
TREM. Tomad mosquetes, espadas,
picas, dagas, todo es bueno.
Vosotros, id á encender
unas hachas.

(Entran unos en casa del armero, y otros se van, volviendo luego con hachas encendidas.)

AGENT. 2.° Tabernero,
una mesa, jarros, vasos
y vino abundante... Luego.
Tráelo aquí fuera.
TAB. ¿Quién paga?
AGENT. 2.° ¿Quién ha de ser? El dinero.
TAB. ¿Y dónde se halla?
AGENT. 2.° ¡Ahí le tienes!

(Le tira un bolsillo. El tabernero lo recoge, y mira.)

TAB. ¡Cáspita!... ¿Y oro?... Al momento.
TREM. Y bien, muchachos...

(Salen armados los que entraron en casa del armero; este sale tambien corriendo detrás de ellos.)

VARIOS. Ya estamos.
ARM. ¡Ladrones!... Dejad.
TREM. ¿Qué es eso?
HOMB. 3.° Este bribon que no quiere
dar las armas; si le pego
un...
ARM. Me dejan arruinado.
TREM. Buen hombre, las volveremos.
ARM. ¡Sí, volver!
TREM. Y sobre todo,
es la voluntad del pueblo.

(Mientras se dicen los versos anteriores, el tabernero habrá sacado una mesa, y colocado en ella jarras y vasos.)

AGENT. 2.° Amigos, echad un trago.
TREM. Bien pensado; remojemos
la palabra.
AGENT. 2.° No hay que andarse
con melindres; vaso lleno,
y hasta verte, Jesus mio.
TREM. A que duerma en los infiernos
esta noche el Oropesa.
VARIOS. Eso, sí; que duerma en ellos. (Beben todos.)
Muchachos, ea, al avío.
Vamos.
AGENT. 2.° A la casa.
TODOS. Entremos.
HOMB. 1.° Han atrancado la puerta.
VARIOS. Abajo con ella.
TREM. Quedaos.
Nadie me quite la gloria
de dar el golpe primero.
Allá va... Mucho resiste.
(Con el hacha que tiene en la mano da varios golpes.)
HOMB. 3.° ¡Eh! Cuidado, que han abierto
los balcones.
(Se abre un balcon, y el criado del Conde sale con una escopeta.)
CRIADO. Al más guapo.
A tí, Tremendo, este obsequio. (Dispara.)
TREM. Apunta otra vez mejor.
UN VIEJO. ¡Ay! (Cae herido.)
TREM. ¿Qué ha sucedido?
HOMB. 1.° El tio Crespo.
HOMB. 2.° Le ha muerto.
MUJ. 2.ª ¡Y deja seis hijos!
VARIOS. ¡Venganza!
OTROS. ¡Venganza!
TODOS. A ellos.
(Se abalanzan todos á la puerta, y la echan abajo á golpes de hachas.)
HOMB. 1.° Ya cayó.
HOMB. 2.° Adentro.

TREM. Aguardaos.
Antes de entrar os advierto
no hay que robar ni tan sólo
una hilacha... Todo al fuego.

TODOS. Sí... todo.

TREM. Si pillo alguno
en un renuncio, los sesos
le he de aplastar con esta hacha.
¿Lo entendeis?

TODOS. Sí.

TREM. Pues entremos.

(Entran la mayor parte en la casa. Arrojan trastos por los balcones, y prenden fuego al edificio, que arde por dentro. Otros se quedan en la escena, y el Hombre 2.º los va llamando y reuniendo para formar corro en el proscenio. Habrá empezado á anochecer durante los versos anteriores, y ya estará el teatro casi á oscuras.)

HOMB. 2.º Oye... y tú... venid.

HOMB. 4.º ¿Qué quieres?

HOMB. 2.º Tengo un proyecto.

HOMB. 4.º ¿Cuál es?

HOMB. 2.º Llegad... A nosotros,
¿qué nos importa todo esto?
Que mande Oropesa ó no,
siempre lo mismo estaremos.

MUJ. 2.ª Es verdad.

HOMB. 4.º Pero con todo,
se puede á rio revuelto...

HOMB. 2.º A eso vamos... ¿Tú no tienes
á tu padre en un encierro
en la Inquisicion?

HOMB. 4.º Sí.

MUJ. 2.ª Y yo
tambien á mi padre tengo.

HOMB. 2.º Y yo un hermano.

MUJ. 1.ª Y yo un hijo.

HOMB. 2.º ¿Quereis, por ventura, verlos
achicharrados?

VARIOS. No... no.

HOMB. 2.º	Saquemos algun provecho
	de este motin... Ya es de noche;
	algunos más de los nuestros
	podemos juntar, y todos,
	así como asaltan esos
	el palacio de Oropesa,
	la Inquisicion asaltemos.
VARIOS.	Sí... sí... vamos.
HOMB. 4.º	A la obra.
HOMB. 2.º	Venid; no hay que perder tiempo.
	(Se van, y salen los que habian entrado en la casa.)
TREM.	El bribon logró escaparse.
HOMB. 3.º	No importa, le alcanzaremos.
AGENT.	Vamos ahora á palacio.
TREM.	A palacio.
HOMB. 3.º	¿Con qué objeto?
AGENT.	A pedir que expida el Rey
	de su prision el decreto.
	(Salen otros de la casa sacando preso al Criado del Conde que disparó el tiro.)
HOMB. 1.º	Aquí está.
TREM.	¿Quién? ¿Oropesa?
HOMB. 1.º	No, el del tiro; el que al tio Crespo
	ha matado.
VOCES.	¡Muera! ¡Muera!
TREM.	No, no... A juzgarle primero.
	¿Quién eres?
CRIADO.	Soy un criado
	del Conde.
TREM.	¿No has hecho fuego
	contra nosotros?
CRIADO.	Sí hice.
TREM.	¿Por qué?
CRIADO.	Para defenderlo.
TREM.	¿Y por qué le defendias?
CRIADO.	¿Yo?... Por agradecimiento.
TREM.	¿Dónde está el Conde?
CRIADO.	Ya huyó.
TREM.	¿Por qué sitio? Dílo luego.

CRIADO. ¿Tengo facha de traidor?
TREM. ¿Le seguias?
CRIADO. Pude hacerlo,
pero no quise.
TREM. ¿A qué fin?
CRIADO. Con el fin de deteneros.
TREM. ¿Luego te entregas por él?
CRIADO. Cumplo así con lo que debo.
TREM. Bien... Escucha tu sentencia.
CRIADO. Ya la escucho.
TREM. Estás absuelto.
VARIOS. ¿Cómo?
TREM. Es leal, es honrado;
yo á tales hombres aprecio.
HOMB. 1.º Sí, pero...
TREM. Lo dicho, dicho;
nadie replique.
(Sale otro hombre de la casa del Conde con un bolsillo en la mano.)
HOMB. 5.º Tremendo,
este bolsillo he encontrado.
TREM. ¿Qué tiene?
HOMB. 5.º De oro está lleno.
TREM. Quédate con la mitad;
la otra mitad al armero;
así quedará pagado
del daño que le hemos hecho.
VOCES. ¡Viva el Tremendo!
HOMB. 3.º Y 5.º ¡Que viva,
que es valiente y justiciero!
TREM. Ahora á palacio.
TODOS. A palacio.
TREM. Ea, muchachos, marchemos.
(Se van por un lado y salen por el otro los que fueron á asaltar la Inquisicion.)
HOMB. 2.º ¡Victoria, amigos, victoria!
Bien logramos nuestro intento.
HOMB. 4.º Ardiendo la negra está.
HOMB. 2.º Y ya escaparon los presos.

HOMB. 4.° Corramos, que nos persiguen
los soldados.

HOMB. 2.° No hay miedo;
son pocos, que aun no han podido
llegar á Madrid los tercios
que se esperan.

HOMB. 4.° Sin embargo,
huir será lo más cierto. (Vánse corriendo.)

ESCENA VII

INÉS, FLORENCIO, luego UN OFICIAL, EL CARCELERO y SOLDADOS

FLOR. Ven, Inés, ven, vida mia.

INÉS. Apenas seguirte puedo.

FLOR. ¡Qué inesperado socorro!

INÉS. Sin duda lo mandó el cielo.

FLOR. Querrá salvar tu inocencia.

INÉS. ¿Dónde nos ocultaremos
ahora?

FLOR. Dios guiará.

INÉS. Nadie querrá guarecernos.

FLOR. Lo que importa es alejarnos.

INÉS. ¡Ah! que quizá ya no es tiempo;
aquí llegan los soldados.

FLOR. Huyamos.

INÉS. Me falta aliento.

FLOR. ¡Malhaya!...
(Salen el Carcelero, el Oficial y Soldados.)

CARC. Venid, venid.
Esos son unos; prendedlos.

FLOR. Primero me matareis.

OFICIAL. Soldados, á él.

INÉS. ¡Florencio!
(Florencio encuentra una espada en el suelo y se apodera de ella para defenderse contra los soldados, que le cercan y le hieren, dejándole tendido en tierra.)

FLOR. Una espada encuentro aquí;

acercaos, ya no os temo.
Inés, junto á mí.

INÉS. ¡Dios mio!
¡Piedad, piedad!

FLOR. ¡Ah! Soy muerto.

INÉS. ¡Cielos!... Matadme tambien.

OFICIAL. Atadla; vuelva á su encierro.

INÉS. ¡Bien mio!... ¡Y le sobrevivo!
No puedo más... ¡Yo fallezco!

(Cae desmayada en brazos de los soldados, que se la llevan.)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

El teatro representa el panteon del Escorial; hácia el proscenio habrá una mesita con una lámpara encendida

ESCENA PRIMERA

EL PRIOR DEL ESCORIAL y UN MONJE.—El Monje trae una escribanía. El Prior lleva una hacha encendida

PRIOR. Póngala en esa mesa... Bueno.
(El Monje coloca la escribanía en la mesa.)
MONJE. ¿Falta
alguna cosa más?
PRIOR. No.
MONJE. ¡Yo me admiro!
Nunca aquí se ha bajado...
PRIOR. El Rey lo manda.
MONJE. ¿Para qué?
PRIOR. ¿Qué le importa? ¿Es permitido
á un fraile ser curioso?
MONJE. Es que...
PRIOR. Silencio.
Ya se puede marchar. (Váse el Monje.)

ESCENA II

EL REY, PORTOCARRERO y EL PRIOR.—Sale el Rey apoyándose en Portocarrero; el Prior, con el hacha en la mano, permanece retirado

REY. ¡Qué horrible sitio!
¡Qué lobreguez!... Aquí ni un solo rayo
de esa divina luz que con su brillo

alegra al mundo y al mortal conduce,
consigue penetrar... Es su destino
eterna obscuridad, silencio eterno...
para abrir esas puertas es preciso
que lloren los monarcas, que se cubra
de luto el trono... ¡Qué pavor, Dios mio!

PORT. ¿No lo dije, señor? Estos sepulcros
¡ah! ¿por qué visitar habeis querido?

REY. Callad... lo prometí.

PORT. ¿Cómo?

REY. Es un voto;
un voto, Cardenal... fuerza es cumplirlo.
El cielo mismo me lo ordena.

PORT. Entonces...

REY. Mas esas rejas que al entrar he visto
que insoportable fetidez exhalan,
¿do conducen, decid?

PORT. Es el recinto
do yacen de los reyes los despojos
antes de entrar aquí... donde roídos
de gusanos inmundos, sólo salen
cuando á arrojarlos de él vienen sus hijos.

REY. ¡Oh Dios!... ¿Conque mi padre?...

PORT. Allí reposa.

REY. ¡Fatal compensacion!... Si un trono mismo
de asiento nos sirvió, tambien de pasto
á los mismos insectos les servimos.
(Va y se arrodilla delante de la puerta.)
¡Tú que en tierna niñez, por mi desgracia
tu poder me dejaste, padre mio,
pues nunca derramar pude en tu seno
el dulce llanto de filial cariño,
ahora permite que en tu losa vierta
lágrimas de dolor!... ¡Ah! yo confío
que en breve, en breve, de esa estancia horrible
te venga á libertar, y que mis frios
restos recojan esa herencia nueva
de hedor y podredumbre.

PORT. ¿Qué habeis dicho?

Señor, ¿en qué pensais?... Alzad... Salgamos...

REY. ¡Salir! ¿Has olvidado á qué he venido?
(Levantándose.)
Avancemos, en fin... Salud, morada
de la muerte, salud... Paz os envío,
ilustres ascendientes, que otro tiempo
temiera el universo extremecido,
y ahora en polvo trocados, bien pudiera
el soplo dispersar, esclavo indigno...
En vano aquí con orgullosa pompa
vuestra nada encubrís; igual destino
que al vasallo más vil al fin os cupo,
y con un peso igual estais medidos...
Mas al menos un bien que allá en el mundo
no tuvísteis, gozais... la paz... Yo envidio
ese preciado bien, y sólo espero
con vosotros hallarlo en este sitio.

PORT. ¡Ah! señor, esas lúgubres ideas
funestas pueden ser... A qué afligiros...

REY. ¡Y qué me importa!... ¡Si es un bien la muerte;
si para padecer tan sólo existo;
si tendré por feliz aquel instante
que del peso me libre con que gimo!
Mi funesto vivir, ¿para qué sirve?
El universo ya, mis pueblos mismos
sólo me piden que ese pliego firme,
y gozosos despues verán que espiro.
(Señalando un pliego arrollado que lleva el Cardenal en la mano.)

PORT. Firmadlo, sí, señor, pero no sea
con tan triste esperanza... Antes mil siglos
todavía vivid, para consuelo
de este pueblo leal... Sólo el alivio,
el descargo buscad de la conciencia,
nombrando al sucesor que ha de regirnos
cuando de vos el cielo disponiendo,
os quiera abrir las puertas del empíreo.

REY. Está bien, Cardenal... En esa mesa
el acta colocad.

(Portocarrero coloca el pliego sobre la mesa. Entre tanto el Rey va al altar, se arrodilla y está orando un rato; despues se levanta, se dirige á la mesa y toma una pluma para firmar, pero al ir á hacerlo se detiene arrepentido y arroja la pluma.)

REY. ¡Cielos divinos!
¿Qué es lo que voy á hacer?... No... no lo puedo;
es superior á mí tal sacrificio.

PORT. ¡Superior! ¿Qué decís?... ¡En un monarca
tanta debilidad!... Cuando es preciso
de su pueblo en favor un noble esfuerzo,
¿puede nunca dudar en consentirlo?

REY. ¿Quereis que á mi familia desherede?
¿Por quién?... ¿Por un extraño, un enemigo?

PORT. ¡Ah! No es el corazon en tales casos
quien se debe escuchar... Prestad oido
tan sólo á la razon... Ese es el voto
de lós pueblos, señor, del Papa mismo.
Cuando un santo deber todos prescriben,
¿vos el solo sereis á resistirlo?
¿Pondreis en la balanza una familia
con un pueblo?... Jamás... ¡Atroz delito!

REY. ¿Qué es lo que osas decir?... ¿Do estás hablando
por ventura olvidaste, fementido?
¿Sabes tú quién te escucha?... Tiende, tiende
la vista en derredor de este recinto;
tus Reyes son á quien agravias... Tiembla
que se alcen de la tumba enfurecidos,
y en su justa venganza, desdichado,
lancen sobre tu frente el esterminio.

PORT. Sobre mi frente no... sobre la vuestra...
pues el justo mandato osais, impío,
del cielo resistir... pues de una raza
hoy preferís el interés mezquino
al de la eternidad... Decid: ¿qué cuenta
dareis, débil monarca, al Juez divino,
cuando sin cetro, sin poder os llame
ante su tribunal, cuando en castigo
de tanta obstinacion lance sus rayos

y os sepulte su fallo en el abismo?

REY. No más... no más... ya le obedezco... Dadme una pluma.

PORT. Tened... firmad.

REY. Ya firmo.

(Portocarrero toma una pluma y se la da al Rey, el cual firma con la mayor precipitacion. Despues de hacerlo, suelta la pluma horrorizado, retrocede con espanto y se oculta el rostro con las manos. Portocarrero recoge el pliego.)

REY. ¡Ah! Pues no os conmoveis en vuestras tumbas,
señal, ¡oh reyes! que lo habeis querido.

PORT. Sí, lo quieren, señor... ¿Qué otro deseo
han tenido jamás; qué otro designio
sino la dicha, el esplendor, la gloria
del magnánimo pueblo que han regido?

(Abrazando al Rey, que deja caer su cabeza sobre el pecho del Cardenal.)

REY. En fin... hecho está ya... Los reinos todos
son de Dios; á él le toca repartirlos.
Rey fuí...¿Y ahora qué soy?... Nada. Salgamos,
salgamos pronto de este horrible sitio...
su hedor, su lobreguez; todo me espanta...
¡Y oh cuán helado está!... ¡Cielos... qué frio!

PORT. Sí, salgamos, señor... ¿A qué aguardamos?
¡Jamás á él hubiérais descendido!

REY. Tarde ó temprano, descender es fuerza...
y habitarlo por siempre es mi destino.
(Como animado de una nueva idea.)
Aguardad... aguardad...
(Se dirige hácia el Prior y le arranca el hacha de las manos.) Vos, Padre, dadme
esa luz.

PORT. ¿Qué intentais? ¡Oh qué delirio!

(El Rey, con el hacha en la mano, recorre precipitadamente todo el Panteon mirando las urnas.)

REY. ¿Qué es esto? ¡Oh Dios! ¡Entre sepulcros tantos
ni uno sólo hallaré que esté vacío!

PORT. ¡Oh! ¡Cuál os engañais!... Para llenarlos,
¡cuántas generacioges, cuántos siglos

aun habrán de pasar, y sobre España
cuán contrarios y míseros destinos!

(El Rey se para ante una urna abierta, que estará junto al proscenio, y la mira con ánsia.)

REY. ¡Ay! ¡Uno encuentro aquí!... Padre, acercaos;
mirad este sepulcro... este es el mio.
Aquí, por fin de mis eternos males,
aquí sólo encontrar podré el alivio...
Mira, mira, infeliz... Tus reinos todos
quedarán á ese espacio reducidos...
Es tu eterna mansion... gózate en verla...
Padre, no lo olvideis... Esa, lo he dicho,
mi tumba habrá de ser... Nadie se atreva
á quitármela, no.—Mirad... ya escribo
mi nombre en ella.

(Saca la daga, y con la punta graba su nombre en el tarjeton de bronce que está sobre la urna.)

Bien... Adios ahora...
Mas pronto volveré... Venid.

PORT. Ya os sigo.

(Vánse precipitadamente.)

ESCENA III

El teatro cambia y representa un salon régio. Puerta al foro; otra puerta á un lado, y en el opuesto grandes ventanas y balcones

FROILAN.—Sale azorado, y va á mirar con ansia por un balcon

FROIL. ¿Llega ya?... No... Todavía
está lejos... ¡Ah! ¡Qué angustia!
Con más valor me creí...
¿Y ahora, bárbaro, dudas?
¿No lo quisiste?... ¿Tú mismo
no has labrado, por ventura,
con arte infernal la trama
que en la hoguera la sepulta?
¿No buscaste la venganza?
¡Ah!... Las venganzas de amor
cuando están lejanas gustan,

más en horribles tormentos
cuando ya llegan se mudan.
¡Cuánto sufro!... Si pudiera...
No es tiempo ya... La fortuna
en justo castigo quiere
que tus maldades se cumplan.
Con todo... sí... sólo un medio...
¡oh cielo! si tú me ayudas...
Por aquí debe pasar...
Los monjes que la circundan,
los guardias de este palacio
todos sumisos escuchan
mis mandatos... Si al llegar
rompiesen sus ligaduras...
si hasta aquí la persuadiesen
que á implorar su gracia suba...
El Rey me consultará,
y entonces... ¿Pero qué buscas?
¿Te odiará menos?... No, no...
Muera, pues... ¡Fatal locura!
Viva... mas lejos de mí,
lejos de estos sitios huya;
no viéndola, al fin podré
recuperar mi ventura...
Pues ya murió mi rival,
encerrados en su tumba
queden con él mis rencores,
con él mis iras concluyan.

ESCENA IV

FROILÁN y PORTOCARRERO. Luego EL REY.

PORT. Padre Díaz...
FROIL. Perdonad. (Váse sin atenderle.)
PORT. El Rey está... No me escucha.
(Sale el Rey despacio y doliente, y se sienta.)
REY. Cardenal, ¿mandásteis ya
á Ubilla mi testamento?

PORT. Entreguésele al momento.
Cerrado y sellado está,
y se archivará despues.
REY. Ya estarán contentos, creo.
PORT. Propicio el comun deseo
es al príncipe francés.
REY. ¡Válgate Dios por la Francia!
Todos dan por tal manía.
PORT. Es que otra cosa seria,
ó vil traicion, ó ignorancia.
REY. ¡Y mi familia, señor!
PORT. Muy poco, en verdad, se daña
quien no siendo rey de España,
puede ser emperador.
REY. Acepte Dios esta ofrenda,
y en su seno me reciba,
ya que debo, mientras viva,
hollar del dolor la senda.
Sólo un consuelo tenia
en medio de tanto mal,
y es que mi pueblo leal
como á padre me queria;
mas un instante ha bastado
á disipar la ilusion,
cuando horrible sedicion
alzar la cabeza ha osado.
Ajada la majestad,
¿ya para qué vivir quiero?
Sólo con la muerte espero
huir de la iniquidad.
(Se oye el ruido de los tambores, que tocan una marcha fúnebre para acompañar los reos al suplicio. Este ruido, débil al principio, se aumentará por grados, dando á conocer que se aproxima, hasta llegar en frente del palacio.)
PORT. Oid, señor; se aproxima
el séquito funeral.
REY. Ese sonido fatal
el corazon me lastima.

PORT. Es forzoso sacrificio.
REY. ¡Tantas víctimas!
PORT. El cielo
aplaude este santo celo.
REY. Sea para su servicio.
Con todo, hay una... Confieso
que me es sensible.
PORT. ¿Cuál es?
REY. Aquella jóven Inés...
Siento aquí no sé qué peso...
¿Y su novio?... Oí contar
que en la asonada murió.
PORT. Ni aun su cadáver se halló;
su efigie van á quemar.
REY. Extraño ha sido por cierto.
¿Quién le pudo recoger?
PORT. No estoy lejos de creer
que tal vez no quedó muerto.

ESCENA V

DICHOS, EL CAPITAN DE LOS SOLDADOS DE LA FE, UN OFICIAL DE LA GUARDIA y SOLDADOS DE LA FE

OFICIAL. Los soldados de la fe.
REY. Que entren.
(Salen los soldados de la fe con el mosquete á la espalda y llevando largas picas, de cada una de las cuales pende un haz de leña. El Capitan va á su frente, y lleva otro haz colocado sobre una rodela, el cual presenta al Rey acercándose á él y arrodillándose.)
CAPITAN. Señor, os presento
el haz que arrojar debeis
en el sagrado brasero.
¡Plegue á Dios que acrisolada
la religion con su fuego,
quede limpia de herejía
la fe de nuestros abuelos!
REY. Así lo espero, y pues yo

acompañaros no puedo,
llevadlo vos en mi nombre
para arrojarlo el primero.
Quédese entre tanto ahí,
que por él volvereis luego.
(El Capitan coloca el escudo y el haz sobre una mesa, y se retira con los suyos.)

PORT. En eso imitais, señor,
al gran Fernando el tercero.

REY. Así pudiera seguir
en otras cosas su ejemplo.

PORT. Por delante del balcon
ya pasa el séquito, creo.

REY. Iremos á ver...
(Se levanta el Rey para ir al balcon, y estando ya cerca, se oyen voces y paran los tambores.)

VOCES. Tened,
tened.

REY. ¡Qué voces!... ¿Qué es eso?

PORT. Los reos están parados
(Mirando por el balcon.)
y la gente corre.

REY. ¡Cielos!
¡Otro motin!

PORT. A las puertas
de palacio van viniendo.

REY. ¡Guardias! (Con sumo terror.)

ESCENA VI

DICHOS y EL OFICIAL DE LA GUARDIA

OFICIAL. Señor, una jóven
que al suplicio entre los reos
iba marchando, al llegar
cerca de este alcázar regio,
rompiendo sus ataduras,
y atravesando el inmenso
concurso, se ha refugiado

en palacio.

REY. ¡Cómo! ¿Dentro?
¿Y no han podido impedirlo?

OFICIAL. Pasmábanse todos viendo
su juventud, su hermosura.
Ahí está, que intenta veros.

INÉS. Dejadme, dejadme entrar. (Dentro.)

REY. ¡Es ella!... ¡Oh Dios!... No... no quiero.

ESCENA VII

DICHOS, INÉS, CORTESANOS, CRIADOS y GUARDIAS.—Sale Inés vestida de blanco, con el sambenito y el cabello suelto. Síguenla algunas gentes de palacio y guardias. Se arroja á los piés del Rey.

INÉS. ¡Señor... piedad, compasion!

REY. ¿Qué es esto? Aparta, mujer.

INÉS. De aquí no me he de mover
hasta alcanzar mi perdon.

REY. ¡Yo perdonarte, hechicera!

INÉS. ¡Hechicera!

REY. No me toques,
ni mi compasion invoques;
ve, ve á morir en la hoguera.

INÉS. ¿Dónde está vuestra bondad?

REY. ¡Mi bondad!... Yo no la tengo
cuando al Dios del cielo vengo.
¡Con los herejes piedad!

INÉS. Acordaos del amor
que un tiempo me habeis tenido.

REY. Cuanto más mi afecto ha sido
es más grande mi rencor.

INÉS. Soy inocente.

REY. ¡Inocente,
aleve, y me has hechizado!

INÉS. Quien tal crímen me ha imputado,
ese, señor, ese miente.

REY. Te ha juzgado un tribunal.

INÉS. ¿Y un tribunal no se engaña?

REY. Lo respeta toda España.
INÉS. Aun así sentenció mal.
REY. ¡Blasfema!
INÉS. Lo digo, sí. (*Alzándose.*)
¿Qué me importa su sentencia,
cuando yo de mi inocencia
un testigo tengo aquí?
¿He de pensar, por ventura,
que condena con razon,
si me dice el corazon
que es el alma toda pura?
¡Dios mio! Tú que la ves,
y sabes que no te engaño,
¿por qué consientes mi daño?
Piedad de la triste Inés.
REY. ¿Osas al cielo invocar,
al cielo, á quien desconoces?
No; las penas más atroces
no te pueden castigar.
Sacadla de aquí, sacadla.
INÉS. ¡Vedme á vuestros piés, señor!
REY. Aparta.
INÉS. ¡Fiero rigor!
REY. ¡No lo he dicho ya!... Llevadla.
(*Los soldados se abalanzan para cogerla; ella se levanta y se aproxima al Rey, cruzando las manos en ademan de súplica, y colocándolas muy cerca de sus ojos. El Rey, al querer apartarlas, repara en una sortija que lleva Inés.*)
INÉS. ¡Piedad!
REY. Aparta... ¿Qué miro?
Ven... á ver...
INÉS. ¿Qué?...
REY. ¡Cielo santo!
Esta sortija... sí... cuánto
se le parece... ¿Deliro?
INÉS. ¿La sortija?
REY. ¿Do la hubiste?
INÉS. Fué de mi madre, señor.
REY. ¡Tu madre!... El nombre.

INÉS. Leonor.

REY. ¡Leonor!... ¿Qué he escuchado?... ¡Ay triste!
¿Si será...? Salid de aquí;
dejadnos solos.

(Todos se marchan, quedando solos el Rey é Inés.)

INÉS. ¿Qué haceis?

REY. Deseos, no me engañeis.
¿Tienes otra prenda, dí,
que te dejara tu madre?

(Inés saca un medallon de oro que lleva al pecho y se lo enseña.)

INÉS. Su retrato.

REY. ¡Es ella! ¡Oh Dios!
¡Hija de mi vida!

INÉS. ¿Vos?

REY. Sí, ven, abraza á tu padre.

INÉS. ¡Mi padre!

REY. Tu padre soy...
No, no te engaño, hija mia;
lo soy, lo soy... ¡Qué alegría!
¡Ah! De gozo loco estoy.

INÉS. ¡Cómo!... Señor... ¿es verdad?

REY. Esas prendas mias son;
sí, prendas de la pasion
que me inspiró su beldad.

INÉS. ¡Vos mi padre!... ¡Vos!... Decidlo
otra vez... ¿He de creer?...
¿Me engañais?... No puede ser.
Por Dios, por Dios, repetidlo.

REY. Otra vez, mil lo diré.
¡Hija mia!

INÉS. ¡Padre!

REY. ¡Oh cielo!
¡Qué dulce voz! ¡Qué consuelo
al escucharla encontré!
¿Conque al fin te pude hallar,
objeto de mi deseo?
Te abrazo, y apenas creo
de tanta dicha gozar.

Ven, ven... deja que te vea,
que te mire bien, Inés.
¡Dios mio! ¡Qué hermosa!... ¡Es
un cielo!... ¡Bendita sea!

INÉS. ¡Por fin á besar me atrevo
esas manos paternales!
Bendigo todos mis males,
pues tanta dicha les debo.
Dejad, dejad que las bese,
que las riegue con mi llanto,
que goce de placer tanto
y de besarlas no cese.

REY. ¿Lloras?... Yo lloro tambien...
de dicha... no de pesar;
jamás creí que el llorar
nos causara tanto bien.
Desde hoy cambiará mi suerte,
pues á mi lado estarás;
tú la vida me darás
á las puertas de la muerte.

INÉS. ¡Ah!... Vivid, vivid, señor;
todos lo piden ansiosos;
vivid para hacer dichosos,
y vivid para mi amor.

REY. ¿Me querrás?

INÉS. ¿Lo preguntais?
¿Y vos á mí?

REY. ¿Tú, mi vida?
¿Si te he llorado perdida,
no he de amarte?

INÉS. ¿Os acordais
de mi madre?

REY. Miro en tí
retratada su figura;
sus ojos son, su hermosura...
Injusto con ella fuí;
mas ya con bienes sin cuento
mi crímen expiaré;
lo que á la madre injurié

pagar á la hija intento.
Sí; tú serás mi delicia,
mi único bien, mi consuelo;
así me perdone el cielo
mi abandono, mi injusticia.
Habla... ¿Qué quieres?... Advierte
que soy padre, y que tambien
ciñe corona mi sien;
¿qué no haré por complacerte?

INÉS. Amaros, señor, es ley;
no digais eso, por Dios;
sólo el padre he visto en vos,
sin acordarme del rey.

REY. ¡Hija mia!... ¡Qué dulzura
de padre infunde el amor!
No, no hay cariño mayor
ni hay otra mayor ventura.
¡Oh!... Bien desde que te ví
el corazon lo decia;
no en vano alegre latia
si te acercabas á mí;
y en medio de este despecho
que labra mi triste suerte,
tan sólo para quererte
amor hallaba en mi pecho.

INÉS. Sí; natura al corazon
con voz prepotente hablaba;
en eso mi magia estaba,
esos mis hechizos son.

REY. ¡Tus hechizos!... ¡Infelice!
¿Qué me has hecho recordar?
¡Qué horror!... ¡Y pude olvidar!...
¡Suerte, mi voz te maldice!

INÉS. ¡Ah!... ¡Santo Dios!... ¿Qué he escuchado?
¿En mi delito tan feo
creereis aun?

REY. ¡Nada creo,
sino que soy desdichado!

INÉS. ¡Dios mio!... ¡Ni aun he de ser

para mi padre inocente!
REY. Un tribunal inclemente
te condena á perecer.
INÉS. ¿Y qué importa?... ¿No sois rey?
¿Quién vuestro poder contrasta?
REY. ¡Ah! que mi poder no basta
ante su inflexible ley.
¿Ignoras que no hay perdon
cuando lanza su anatema?
¿Ignoras que aun mi diadema
la humilla la Inquisicion?
¡Lo sabes, y no te espantas,
que yo al oir su sentencia,
mudo quedo en su presencia,
y tiemblo, y caigo á sus plantas!
INÉS. ¡Infeliz!... Lo veo ya;
sí, vos mismo á su furor
me entregareis.
REY. ¿Yo?... ¡Qué horror!
No... no... jamás... no será.
Verdugos, idos de aquí;
es mi hija, mi hija querida;
es mi consuelo, mi vida;
matadme primero á mí.
(El Rey, creyendo ver á los verdugos de Inés, se coloca delante de ella para ampararla. Inés se arroja en sus brazos.)
INÉS. ¡Ah!
REY. Ven á mis brazos, ven
en ellos á refugiarte;
veremos si osan sacarte
los viles de ellos tambien.
INÉS. No, padre, no... no osarán;
aquí estoy con vos segura;
si es su lealtad firme y pura,
vuestra voz respetarán.
REY. Ya suben... ¿Dónde ocultarte?
En ese cuarto... sí... sí...
Entra, entra luego... Yo aquí

me quedo para ampararte.
(Hace entrar á Inés en el cuarto lateral, y se dirige luego á la puerta con la mayor inquietud.)

ESCENA VIII

EL REY y FROILÁN

REY. ¿Sois vos, Padre Froilán?
FROIL. Señor, ¿es cierto
que esa jóven Inés?...
REY. ¡Padre, salvadla,
salvadla, por piedad!
FROIL. (Aparte con alegria.) ¡Ah! Bien decia
que en volviéndola á ver...—Pensé que estaba
con vos aquí.
REY. Sí, sí... Mas ¡oh ventura!
¿No sabeis?... ¿No sabeis?...
FROIL. ¿Qué?
REY. Mi hija amada;
aquella que perdí... por quien contínuo
mi rostro en triste llanto se bañaba...
FROIL. ¿Y bien?
REY. Ya la encontré.
FROIL. ¿Pues cómo?...
REY. Es ella,
ella.
FROIL. ¿Quién?
REY. Esa Inés.
FROIL. ¡Inés! (Aterrado.)
REY. Os pasma
esta nueva, ¿es verdad?
FROIL. Creer no puedo...
REY. Sí... sí... no lo dudeis... Yo las alhajas,
yo mismo conocí.
FROIL. ¿Qué oigo? (Aparte.)
REY. ¡Qué dicha!
¿Concebís mi placer cuando estrechada

la tuve aquí contra mi amante pecho?
¡Ah! No mata el placer, pues no me mata.

FROIL. ¡Hija suya! (Aparte.)

REY. Marchemos...

FROIL. ¡Hija suya! (Aparte.)

REY. Corramos á salvarla... sí.

FROIL. ¡Qué rabia! (Aparte.)
Todo lo va á decir... Sólo me espera
infamia, deshonor.

REY. ¿Pero qué aguarda?
¿Por qué esa agitacion?

FROIL. (Aparte.) Ya que es preciso,
cumple al fin tu destino, desdichada.

REY. Padre, ¿no me escuchais?

FROIL. ¿Qué?

REY. ¿No os he dicho
que Inés es hija mia?

FROIL. ¿Y bien? (Con frialdad.)

REY. ¿No basta?

FROIL. ¡Bastar!... ¿Y para qué?

REY. ¡Pasmado quedo!
¿Olvidais que está á muerte sentenciada?

FROIL. Yo... no... no lo olvidé.

REY. ¡No lo olvidásteis,
y cual mármol estais á mis palabras!

FROIL. ¿Qué es, pues, lo que quereis?

REY. ¡Oh Dios! ¿Qué quiero?
¡Vos me lo preguntais!... Quiero salvarla.

FROIL. ¡Salvarla!

REY. Sí... lo quiero... y vos...

FROIL. ¿Yo?

REY. ¡Ay triste!
¿Qué me anuncian tan lúgubres palabras?
¿Por ventura, cruel, quereis que muera?

FROIL. ¿Por ventura me es dado libertarla?

REY. ¿Qué escucho? ¡Santo Dios! ¿A mí, su padre,
malvado, eso decís? ¡Ah! (Cubriéndose el rostro.)

FROIL. ¿No bastaba
mi silencio, señor?

REY. ¡Dios! ¡Y un apoyo
pensaba hallar en él para ampararla!
FROIL. Vos, cual padre, podeis compadecerla;
pero yo soy juez.
REY. ¿Acaso os manda
ser despiadado ese deber horrible?
FROIL. Lo manda, que no es mia la venganza;
es venganza del cielo.
REY. ¿Y no perdona
ese cielo, decid?
FROIL. El en su causa,
él allá de piedad sólo usar puede;
quien la ejerce por él, ese le agravia.
REY. ¡Desdichado de mí!... No; yo no debo
dejarla perecer... Vos, sin entrañas,
sin compasion sereis... mas yo soy padre,
y no me manda Dios asesinarla.
Fulminad la sentencia; los suplicios,
bárbaros, disponed... sentencia vana.
Aquí estoy yo, que defenderla puedo.
¿Olvidásteis quién soy?... ¿Vuestra arrogancia
puede á tanto llegar que desconozca
que yo soy vuestro rey, soy quien os manda?
Obedeced, vasallos... Vuestra frente
sumisos inclinad... caed á mis plantas.
FROIL. Ante el Dios que los tronos pulveriza,
rey sacrílego, hundid la frente osada.
REY. ¡Ah! ¿Qué he dicho? ¡Perdon!
FROIL. ¿Qué es ante el cielo,
qué es con su pompa un mísero monarca?
¿Qué es ante los ministros que en la mano
tienen de su poder la ardiente espada?
¿Qué es ante el Tribunal, en fin, que ejerce
las justicias del Dios de las venganzas?
Óselos resistir, y roto al punto
será, cual rompe el viento débil caña.
REY. ¡Ah! ¡Perdon!... Blasfemé.
FROIL. Sí, blasfemaste,
y el celeste furor de tí reclama

inmensa expiacion.

REY. Yo no lo puedo
si víctima ha de ser mi hija adorada.
¿Cuándo el cielo ordenó que al hijo suyo
un padre sin piedad sacrificara?

FROIL. ¿Cuándo, me preguntais?... ¡Oh, cómo os ciega
la funesta pasion!... ¿No lo mandaba
cuando, fiel á su voz, al hijo amado
el padre de Israel condujo al ara?
¿Por salvar á su pueblo en el combate,
la víctima á Jefté no señalara?
Ambos, sin murmurar, para servirle,
su sangre, sangre pura derramaban...
¡Y vos!... ¿Pero qué más?... Volved la vista,
y ese cuadro mirad... ¿A quién retrata?

(Le señala el retrato de Felipe II, que estará colgado en una pared del salon.)

REY. ¡Oh qué recuerdo atroz!... El gran Felipe...

FROIL. El grande, sí... ¿Sabeis por qué le llaman
el grande, lo sabeis?... Un hijo tuvo...

REY. Callad... ¡Qué ejemplo!

FROIL. No, no vacilaba
cuando preciso fué sobre su cuello
descargar de la ley la justa espada;
y la espada cayó, y en mudo pasmo
vió el tremendo castigo toda España.

REY. Dadme á mí su poder, dadme su gloria,
y entonces imitar podré su saña.

FROIL. ¡Imitarla decís!... ¿Son, por ventura,
las víctimas iguales?... ¿Compararlas,
alma débil, podeis?... Al primogénito,
al sucesor legítimo inmolaba;
y vos, ¿á quién? ¡Oh! ¡Qué vergüenza!... Sólo
al fruto impuro de pasion nefanda;
hija del crímen, que en sus hechos viles
no desmiente el orígen que la infama.

REY. Callad, callad por Dios.

FROIL. A vuestros reinos
presentad esa hija, presentadla.

Decidles: ¿La mirais?... Esta que há poco
entre odiados herejes caminaba
á la hoguera fatal; esta que impura
lleva en su frente la indeleble mancha
de acusacion atroz; esta, españoles,
el vástago postrero es de mi rama.

REY. Basta, fraile infernal, basta... tu boca
todo el veneno de las furias lanza.
Vete, vete de aquí; si más te escucho,
creo que al mundo entero asesinara.
Mas, ¿qué es esto?

ESCENA IX

DICHOS, EL INQUISIDOR GENERAL, PORTOCARRERO y ESBIRROS DE LA INQUISICION.

INQ. Señor, el Santo Oficio
la fugitiva víctima reclama.

REY. ¿Qué decís?... ¡Ay de mí!

INQ. ¿Dónde se encuentra?
Aquí se ha guarecido, en este alcázar,
y no querreis sin duda que del cielo
burlada quede la justicia santa.

FROIL. Os engañais, señor... El Rey lo quiere,
y ya el perdon por su favor alcanza.

INQ. ¿Qué he escuchado? ¿Es verdad?

REY. Yo, padre...

INQ. ¡Oh cielos!
¿Quién el poder os dió de perdonarla?

REY. ¿Por ventura no puede un soberano?...

INQ. Cuando la Inquisicion sus rayos lanza,
sólo un hereje el golpe inevitable
intenta detener.

REY. ¿Yo hereje?

INQ. Basta,
basta el amago de tan vil intento
para réprobo ser, para que caiga

el celeste furor sobre el culpable,
y ser lanzado á las eternas llamas.

REY. ¡Qué horror! ¡Piedad, piedad!

INQ. ¿Pensais acaso
que aun á vos la corona os amparara?
No, desdichado; por lo mismo, fuera
más segura y terrible la venganza.

REY. ¡Piedad vuelvo á decir!...—¿Qué es eso?

(Se oye dentro y algo lejano, rumor confuso de pueblo, y voces que gritan «¡Muera, muera la hechicera!» Portocarrero corre á mirar por el balcon.)

PORT. El pueblo,
que impaciente á las puertas se abalanza
de esta régia mansion.

INQ. Ya enfurecido,
al mirar que la víctima le arrancan,
viene á pedirla y á vengar al cielo.

(Se oyen de nuevo las voces.)

REY. ¡Dios! ¿Otra vez mi majestad hollada
por el pueblo será?... ¿Conque es preciso?
¡Rey infeliz!... No puedo... Perdonadla:
postrado aquí vuestra clemencia imploro.

(Se pone de rodillas entre los dos, y con las manos juntas, en ademan de súplica.)

INQ. No puede ser.

REY. ¡Por Dios!

(Otra vez las voces del pueblo más fuertes.)

FROIL. ¿Oís cuál claman?

REY. ¡Ay de mí, desdichado!

INQ. A Dios volvedle
su víctima, señor.

PORT. Ya la tardanza
funesta podrá ser.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, INÉS y SOLDADOS DE LA FÉ.—Sale Inés del cuarto donde estaba oculta

INÉS. Señor...
INQ. ¡Es ella!
REY. ¡Ah! ¿Por qué te presentas, desdichada?
INÉS. Oí voces... ¿Qué miro? ¡Ay Dios!
(Viendo al Inquisidor y á los suyos. Se oyen otra vez las voces.)
REY. ¿Queréisla?
Pues ahí la teneis; mónstruos, llevadla.
(Váse precipitadamente, seguido de Portocarrero.)
INÉS. ¿Qué es esto?... ¿Me dejais con ellos!... ¡Padre! ¡Padre!
INQ. ¡Su padre dice!
FROIL. ¿A qué escucharla?
Delira.
INQ. Venid, pues. (A Inés.)
INÉS. ¿Dónde?
INQ. Al suplicio.
INÉS. ¿Pues qué, ¡cielos! no estoy perdonada?
FROIL. ¡Perdonada!... Jamás.
INÉS. ¡Ah! Pues os veo,
sé que debo perder toda esperanza.
FROIL. Llevadla.
INQ. ¡Hola, soldados!
(Salen los soldados de la fe, y unidos á los esbirros de la Inquisicion, obedeciendo á la voz del Inquisidor y de Froilán, rodean á Inés, y quieren llevársela. El Capitan de los soldados de la fe toma el haz de leña que habia quedado sobre la mesa, y se coloca con él en medio del teatro.)
INÉS. ¡Infelice!
¿Y me abandona así? ¿Cómo?
INQ. Sacadla.
(Los esbirros quieren llevarse á Inés; esta se resiste. Du-

rante toda esta escena se continuarán oyendo las voces del pueblo, más ó menos fuertes.)

INÉS. No... ¡Dejadme, señor!... No.

(En este instante el Rey, seguido de Portocarrero y de algunos criados, vuelve á salir, fuera de sí y con paso vacilante.)

REY. Deteneos;
no puedo consentir...

(Los esbirros que llevaban á Inés se detienen.)

INÉS. ¡El es!

FROIL. ¡Oh rabia!
Obedeced.

REY. No... no... yo os lo prohibo.
Quiero... ¡Cielos! ¡Qué horror!

(Al quererse adelantar se encuentra con el Capitan, y viendo en sus manos el haz de leña, como recordándose el destino que tiene, se extremece, y retrocediendo horrorizado, cae sin sentido en los brazos de Portocarrero y de los criados.)

INÉS. ¡Ay!

PORT. ¡Oh desgracia!

INÉS. ¡Oh funesto desmayo!

FROIL. Aprovechemos
este instante... Cuidad vos del monarca.

(A Portocarrero.)

Vos, al suplicio. (A Inés.)

INÉS. Bárbaros, dejadme
que le abrace siquiera.

(Se escapa de entre los inquisidores y se abalanza á abrazar al Rey.)

FROIL. ¿En qué se paran?
Llevadla luego.

(Se apoderan otra vez de Inés, la arrancan del lado del Rey y se la llevan arrastrando.)

INÉS. No... no quiero... nunca...

(En este instante Florencio, que se hallaba oculto entre los esbirros y los soldados de la fe, se muestra y se abalanza hácia Froilán con un puñal desnudo en la mano.)

FLOR. ¿Me conoces? (A Froilán.)
FROIL. ¿Qué miro? ¡Oh Dios! ¡Florencio!
FLOR. Si... yo soy... muere... (Le da de puñaladas.)
FROIL. ¡Compasion! (Cayendo.)
FLOR. ¡Venganza!

FIN DEL DRAMA

Madrid.—Estab. tip. de E. Cuesta, á cargo de J. Giraldez, Cava-alta, 5